

CRISTIANDAD

Año XXX - NUMERO 506

BARCELONA

ABRIL 1973

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

CONFESION DE LA FE Y MARTIRIO F. C. V.

HISTORIA DE LOS MARTIRES DE CORDOBA José M.^a Fernández Domingo

DEL MEMORIAL DE LOS SANTOS DE SAN EULOGIO

DEL INDICULO LUMINOSO DE ALVARO DE CORDOVA

SITUACION DE LOS MOZARABES EN CORDOBA

(Extracto de la obra de Fray Justo Pérez de Urbel)

LOS MARTIRES DE CORDOBA Y LA CRISTIANDAD HISPANICA-DEL SIGLO IX Francisco Canals Vidal

EL CARDENAL MINDSZENTY de la obra de Paul Lesouard

ULTIMA PASTORAL DEL CARDENAL MINDSZENTY ANTES DE SU ARRESTO (20-12-48)

PREGARIA A LA VERGE DESCALÇA DE LISIEUX Bartomeu Guasp, Pbro.

UN ECO INCONFUNDIBLE DE LA DOCTRINA DE SAN IGNACIO SOBRE LUCIFER Y SUS SATELITES Roberto Cayuela, S. I.

DIETARI PASTORAL DE JOAN D'ORDAL Luls Creus Vidal

AYER, HOY, MAÑANA L. C. V.

MANIFESTACIONES DEL PADRE IGARTUA SOBRE SU LIBRO «RESUESTA TEOLOGICA A DIEZ ALEGRAS»

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.^o-(10) Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

CONFESION DE LA FE Y MARTIRIO

“Se confiesa la fe para la salvación” se dice en la epístola a los Romanos de San Pablo. La tradición cristiana ha interpretado siempre las palabras del Apóstol como una exigencia de confesar a Cristo ante los hombres, sin cuyo cumplimiento no podría esperarse el ser juzgados por Cristo dignos de Él ante el Padre celestial.

La doctrina es clara y a su luz queda, según recordó el Concilio Vaticano II, invalido todo pretexto del exclusivo valor del testimonio de la vida. Si la fe viene del oído y no se puede creer si no se predica también la fe exige la palabra de confesión y no se puede ser fiel a ella sin la valentía y la fortaleza en la profesión de fe por la palabra.

El Doctor Angélico precisa el carácter necesario y obligatorio de esta profesión pública ante los hombres en el caso de que las circunstancias de tiempo y de lugar pongan en peligro la fe misma, ya sea en quien la profesa, ante una persecución que intenta apartarle de ella, ya sea en su prójimo, cuya fe se debilitaría por su silencio o por la omisión de un anuncio declarado y firme de su fe cristiana.

La historia de la Iglesia sería deformada o incomprendida si olvidásemos la función esencial de la fortaleza de los mártires y de la paciencia heroica de los confesores de la fe en circunstancias adversas y opresoras.

La historia de la cristiandad hispánica es falseada por toda perspectiva que quiera apoyarse en los falsos tópicos de la tolerancia de los musulmanes y de la política sabia e ilustrada de los soberanos de los reinos islámicos.

No hablaban así los contemporáneos de las persecuciones cordobesas cuya evocación quisieramos suscitar en las páginas del presente número. La experiencia de un Alvaro de Córdoba y un San Eulogio que nos transmiten en el “Memorial de los Santos” y en el “Indículo luminoso” es la de la ruina de la fe y de la mentalidad cristiana en una época y ambiente en que se veía tentada por la corrupción culta y política del esplendor de los Omeyas y atemorizada por el ardiente fanatismo de la plebe islamizada.

Tanto como los reconquistadores asturianos, o como los escritores eclesiásticos que defendieron la ortodoxia: San Beato de Liébana y Heterio; hay que contar entre los creadores de la España cristiana a los mártires cordobeses del siglo IX. Traicionados en su época por eclesiásticos corrompidos o seducidos por el poder musulmán, las calumnias y sofismas de sus enemigos siguieron sonando en los siglos posteriores.

Las ambigüedades del metropolitano de la Bética Recafredo y la corruptora debilidad del concilio cordobés de 852, sumiso a la política de Abderramán II legaron a la posteridad las sospechas de suicidio y de fanatismo desde entonces reiteradas contra aquellos heroicos cristianos.

Para comprender su verdadera historia es preciso acercarse a los hechos en su testimonio contemporáneo. Para juzgar con acierto de su espíritu, de la licitud y el mérito de su conducta hay que considerar el martirio como algo esencialmente relacionado con la vocación del cristiano.

La bienaventuranza del padecer persecución no es accidental ni advenediza. Cristo es siempre perseguido en su cuerpo místico que es la Iglesia y el no avergonzarse del Evangelio, y el arriesgar por fidelidad a Cristo la propia vida, puede llegar a ser el camino único para la salvación de la fe de una comunidad cristiana en tiempo y lugar determinados. En este tiempo y lugar, para el cristiano que advierta su responsabilidad el martirio viene a ser imperativo. Y en este caso la persecución es no sólo pasivamente aceptada, sino que viene a ser buscada y a los ojos mundanos provocada por los propios fieles.

Pero la crítica de esta espontaneidad del martirio resultará siempre farisaica. Para juzgar a los mártires de Córdoba y aceptar el valor de su ejemplo nos ayuda la enseñanza de Santo Tomás al decirnos también que: "Sufrir el martirio es la máxima obra de la paciencia a que se refiere la bienaventuranza anunciada por Cristo. Y más digno de alabanza que quien lo soporta por haber sido apresado por el perseguidor, es aquel que se ofrece así mismo para padecer martirio por razón de una necesidad inminente, como lo es la defensa de la fe".

Tal era entonces la circunstancia de los cristianos sometidos al imperio musulmán. La tolerancia duró poco en el califato cordobés. Hixem, el primer sucesor de Abderramán I había mandado que los hijos de los cristianos asistieran a las escuelas musulmanas con lo que conseguía a la vez que con el olvido del latín se consiguiese mejor la fusión de las costumbres y cultura. Desde el reinado de Abderramán II la intolerancia islámica quebrantó todos los pactos antes establecidos. "Los dos primeros mártires fueron los hermanos hispalenses Adulfo y Juan, ... poco después fue degollado Perfecto, presbítero de San Acisclo, por haber maldecido de Mahoma... al año siguiente fue azotado públicamente y murió en las cárceles el confesor Juan. La sangre de las primeras víctimas, encendió, en vez de extinguirle, el fervor de los muzárabes y su íntima aversión a la ley del Profeta. Del monasterio Tabanense descendió Isaac para conquistar la palma inmarcesible. Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Hebencio y Jeremías se presentaron, de común y espontáneo acuerdo, ante los jueces, pidiendo el martirio como aborrecedores de la ley islamita. Y tras ellos se ofrecieron al suplicio el mancebo portugués Sisenando, el diácono Paulo, que cursaba humanas letras en la iglesia de San Zoilo, y las vírgenes Flora y María. Para alentarlas había compuesto San Eulogio el *Documentum martyriale*. En 852 padecieron el último suplicio Gumersindo, el monje *Servus-Dei* y el diácono Georgio, Aurelio y Sabigoto, Félix y Libiosa rescataron con la final confesión la flaqueza de haber ocultado por algún tiempo su fe. Abrasados en santo celo, que escritores sin alma apellidan *fanatismo*, dieron público testimonio de su creencia los cuatro monjes Cristóbal, Leovigildo, Emila y Jeremías."

Así escribe Menéndez y Pelayo. Y él mismo define con intencionada precisión el resultado que en aquella cristiandad heroica tuvo la cobardía y dublicidad de Recafredo y del Concilio de Córdoba:

"La Iglesia mozárabe se partió en dos bandos, unos justificaron con la decisión conciliar su cobardía y descaecimiento de ánimo; otros, y a su frente San Eulogio, y Alvaro Paulo, el Cordobés, levantaron su voz en defensa de las víctimas y los oprimidos".

F. C. V.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

M A Y O

GENERAL. — Que las relaciones entre la Iglesia universal y las iglesias particulares sean más profundamente ilustradas y hagan más florecientes la vida eclesial.

MISIONAL. — Que en China sean adoptados con mayor confianza y sean más estimados los valores cristianos.

HISTORIA DE LOS MARTIRES DE CORDOBA



Año 845

—¿Señor Abad puedo ser católica y hacer las oraciones y ritos musulmanes?

—No hija eso es una cobardía, la ley de mahoma que tú siendo hija de musulmán lo seas también pero en conciencia no debes cumplirlo.

Y Flora escapó de su casa junto con su hermana Baldegotona. El otro hermano era ferviente mahometano y empezó a perseguir a la Iglesia por recuperar a Flora. Esta no pudo ver sufrir a sus hermanos por su culpa y regresó a casa.

—Vengo armada con la señal de la cruz. Sepárame de Cristo si puedes pero será difícil pues estoy dispuesta con su gracia a sufrir todos los martirios.

Y su hermano la llevó al cadí.

—Juez, aquí traigo a mi hermana la he golpeado y festejado pero no hay forma de volverla a nuestra fe pues los cristianos la han pervertido. Cree que Cristo es Dios y reniega del Profeta en quien siempre creyó.

—¿Es eso que ha dicho tu hermano verdad?

—Todo lo que ha dicho es mentira. Yo no he sido nunca musulmana. Desde mi infancia no he conocido

más que a Cristo. Es mi Dios y a Él me he consagrado como esposa.

—La ley te condena a muerte pero tendremos compasión de ti.

Y dos verdugos la sujetaron por los brazos mientras otro le desgarraba la nuca a latigazos. La llevaron a casa y la vigilaron fuertemente pero volvió a huir para retornar varios años después en busca de su palma de martirio.

Año 850

La vida de los cristianos a medida que aumentaba el poder musulmán era más difícil.

—Algunos de estos cristianos empiezan a recogerse en su idioma y costumbres no son como aquellos primeros que se convirtieron a nuestra fe.

—¿Qué dirán en sus reuniones? ¿Qué te parece si preguntamos a Perfecto que es uno de sus sacerdotes?

Oye Perfecto vosotros ¿qué opináis de Jesús y de nuestro Profeta?

—Pues creo que Jesús es Dios y de vuestro Pro-

“No temáis a los que matan el cuerpo, pero al alma no pueden matar; antes temed al que puede arruinar alma y cuerpo en la Gehena.”

(Mat., 10, 28)

feta me guardo la opinión pues no le gustaría al cadí.

—Mira te juramos por Alá que no diremos nada en absoluto.

—Bien, el Evangelio dice: “se levantarán falsos profetas capaces de seducir algunos elegidos”. Nosotros creemos que de todos esos falsos profetas Mahoma es el mayor, seducido por los demonios, enemigo de Dios y presa de maleficios que después de hundidos en el cieno de la inmundicia os arrojará en los tormentos del infierno.

Aquel día Perfecto pudo marchar tranquilo pero ya estaba marcado. Unos días después al pasar por el mercado se le arrojó una muchedumbre y le arrastró al tribunal del juez.

—¿Qué acusación traéis contra este hombre?

—Ha blasfemado del Profeta, bendición y paz sobre él; ya sabes el castigo que ésto merece.

—No, no es verdad, yo no he blasfemado.

Pero el emir confirmó la pena capital y Perfecto fue llevado a la cárcel de los mayores reos. Allí recibió la gracia del valor y de la penitencia. Rezaba, confesaba su fe y renegaba de Mahoma y su doctrina. Paso dos meses y en la fiesta siguiente al Ramadán fue llevado al martirio. Esta vez no vacilaría. Ya iba camino del cadalso.

—Si, he maldecido de vuestro Profeta y le maldigo ahora, es un impostor, un endemoniado, un adúltero y su religión, la religión de Satanás. Vosotros habéis de ir a parar a los infiernos.

Su cabeza rodó por los suelos. Su alma voló a los cielos. Había muerto por profesar su fe. Era el 18 de abril.

Año 851

—Oye parece que a Juan el comerciante le van bien los negocios.

—Si, tiene muchos tratos con los musulmanes y hasta se le ha pegado algo de ellos, si quiere permanecer en la fe verdadera quizás lo pase mal.

Y era verdad, los musulmanes envidiaban su éxito y le buscaban para perderle.

—Juan, no podemos aguantar que jures por Mahoma cada vez que dices una mentira.

—Lo hago sin mala intención.

—Pero el nombre del Profeta no puede estar en labios impios.

—Esta bien, no volveré a pronunciar el nombre de vuestro Profeta y maldito sea todo el que le tome en su boca.

Aquí le esperaban, fue arrojado por sus enemigos a presencia del cadí, condenado a cuatrocientos azotes, paseado por la ciudad sobre un asno mirando hacia la cola y cargado de cadenas, encerrado en un calabozo.

—Si ha sido culpable, le deberían cortar la cabeza. Este Juez debe ser destituido.

Estas escenas fueron vistas por Aurelio. Hijo de buena familia estaba obligado a practicar el cristianismo ocúltamente y lo mismo le ocurría a su mujer Natalia. Cuando volvió a casa habló con ella.

—Tú, dulcísima esposa mía, siempre me arrastrabas hacia la virtud y cuando yo estaba muerto a Dios y vivía sólo para mí. Yo no podía entender tus palabras, pero ha llegado el tiempo aceptable y los días de salud. Consagremos nuestro cuerpo a la castidad, vivamos para la oración. Ya no serás mi esposa, sino mi hermana y en vez de los frutos de la carne engendremos los del espíritu y así nos haremos dignos de morir por la fe.

—¡Oh Señor mío! Dios ha hablado por tu boca. Esta es la señal de nuestra vocación.

Desde entonces practicaban las obras de caridad, visitaban a los presos por la fe. Conocían a otro matrimonio, Félix y Liliosa, en su misma situación, católicos y con obligación de ser musulmanes, a los cuales comunicaron sus ánimos y juntos esperaron el cumplimiento de su vocación.

* * *

Sangre de mártires semilla de mártires.

La noticia del martirio de Perfecto llegó a los monjes de la Sierra los cuales salieron de su retiro. No buscaban directamente la muerte. Predicaban el Evangelio. Abominaban del Profeta, pues era cosa meritoria maldecir al malvado, contra quien Cristo ha pronunciado ya su maldición y la pronuncia la Santa Iglesia en su liturgia.

—Eulogio, queremos ir a morir por Cristo, si no aumentará la persecución, muchos de los nuestros

hablan y se comportan como musulmanes y ya viven en el error. Hace un año que han matado a Perfecto y nosotros tenemos su misma fe.

—Ya sé que tenéis valor y despego de las cosas terrenas, pero para ser mártir es necesaria una vocación, como para ser monje. Esa gracia sólo a algunos se concede. Los que han de ser mártires fueron escogidos desde el principio. Nadie podrá detener a aquellos que van al martirio inspirados por el Espíritu Santo. La pureza de la vida, el celo de la fe son señales del mártir y si tiene una palabra del cielo, una revelación, es definitivo.

—Entonces entre éstos están Isaac, Fandila, Digna y Columba.

—Yo no soy quien ha de decidir su vocación, ellos lo sabrán.

Y fueron aceptando las gracias que Dios les envió.

* * *

—Quiero ver al cadí.

—Bien, pasa entonces al tribunal.

—¿Y qué es lo que tú quieres?

—Desearía hacerme un buen discípulo de Mahoma si hubiera alguien que me enseñase su doctrina.

—Bien, bien, bien. Tú eres un buen mozárabe, todos debieran de ser como tú y no tendríamos nin-roce. Pues mira... y las alegrías de un paraíso poblado de hermosísimas huries.

—Todo son mentiras y patrañas. Ese miserable os ha engañado con objeto de llevaros consigo al infierno. ¿Por qué siendo como sois un hombre sensato, no abandonais esas imposturas y os haceis cristianos?

El cadí quedó pálido, desencajado, empezó a llorar, se levantó y dio una bofetada a su "discípulo".

—¿Te atreve a herir de esa manera a una imagen de Dios?

—Infeliz, o estás borracho o te has vuelto loco, ¿acaso ignoras que una ley ineludible del Profeta, bendición y paz sobre él, a quien acabas de insultar, condena a muerte a cuantos se atreven a hablar como tú?

—Said-ben-Soleiman, ni me he vuelto loco ni estoy borracho. Abrasado de amor por la verdad he querido decírtela a ti y a los que te rodean. Si por ello me condenas a muerte, no me importa. La recibiré de buena gana. Sufriré alégremente y no haré el más leve movimiento por retirar la garganta del cuchillo. Conozco muy bien aquellas palabras del Señor: "Bienaventurados los que sufren persecución porque de ellos es el reino de los cielos".

Isaac fue condenado a la horca y después de ser

quemado sus cenizas serían arrojadas al río para que sus restos no fueran venerados como los de San Perfecto. Era el miércoles 3 de junio. Fue el primer mártir voluntario.

El viernes fue Sancho, del sur de Francia y perteneciente a la legión de los esclavos. Su delito era mayor, pues pertenecía al ejército. Subió al cielo después del empalamiento.

El domingo por la mañana salen de sus monasterios Pedro Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Habencio y Jeremías dando un paso al frente van a confesar su fe. "Aquel que me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre celestial."

—Nosotros pensamos igual que Isaac y Sancho; mucho nos pesa vuestra ignorancia, pero debemos deciros que sois unos pobres ilusos, embaucados por un hombre perverso y endemoniado. Dictad sentencias, inventad tormentos, vengad a vuestro Profeta.

Todas sus cabezas rodaron por los suelos, al par que sus almas iban al cielo.

Pasó un mes y el diácono Sisenando vio en sueños a dos mártires que le llamaban a sufrir por la fe. Fue fiel. El jueves 26 de julio se le cortó la cabeza. El lunes le siguió el clérigo Pablo y el sábado Teodomiro.

En menos de dos meses 11 mártires. El sultán no podía apagar ya esta llama del martirio voluntario que Dios sembraba, pues la sangre de los mártires daba su fruto. Por todas partes surgían alabanzas a los héroes de la fe. La arabización y pérdida de fe comenzaban a ceder. Pero había voces disidentes. Recafredo, Arzobispo de Sevilla por nombramiento del emir, era una de ellas. Estaba unido al partido witizano que preconizaba la islamización. Se fue a Córdoba para tranquilizar al emir que sospechaba de una conjura política. Maldijo y anatematizó a los mártires. Asustó al pueblo con las cimitarras. Puso otro argumento psicológico, moderado y pancista.

—Si el sultán nos permite el ejercicio de la religión y le provocamos es que no somos buenos cristianos, pues el cristiano no debe maldecir.

—Ellos no han hecho más que manifestar lo que la Iglesia dice y además les apoyan nuestro obispo Saúl, Eulogio y Alvaro, que son varones preclaros y no vendidos a los árabes.

Aquel verano pasó en relativa tranquilidad.

* * *

Flora había huido hacía años de casa de su hermano y se ocultó en Osera, hasta que oyó la voz de

Cristo: "Otra vez vengo a ser crucificado", y volvió a Córdoba. En el camino se detuvo en la iglesia de San Acisclo, allí estaba María, hermana del mártir Walabonso y destinada por Dios para ser su compañera de martirio. Walabonso se había aparecido en sueños a una monja del convento de su hermana y le comunicó cuál sería el destino de María. Y ella fue fiel. Pronto se dieron cuenta Flora y María de su común vocación y se dirigieron a casa del cadí.

—Hija de padre pagano fui maltratada por no renegar de Cristo, desde entonces he tenido la debilidad de esconderme, pero hoy igual que entonces, declaro que Cristo es Dios y que vuestro Profeta es un adúltero, mago y malhechor.

—Yo soy hermana de Walabonso, que murió a vuestras manos por burlarse de vuestro falso Profeta. Declaro que Cristo es Dios y vuestra religión ha sido inventada por el diablo.

Bramó el juez y ellas fueron a la cárcel con las mujeres de mala vida.

Recafredo no descansaba, debía eliminar a los sacerdotes para acabar con los partidarios del martirio según había prometido al emir. Así fueron a prisión el obispo Saúl, Eulogio y algunos mártires.

Eulogio era libre aún con cadenas. Allí terminó su "memorial de los mártires" para defensa de la fe, alejar el miedo de la muerte y que vuelva a relampaguear la luz matada por los engaños musulmicos.

La Iglesia de Córdoba padecía persecución y estaba en la cárcel. De momento Flora y María debían arrepentirse de lo que habían dicho en casa del cadí, pues ya no deseaban mártires sino traidores. Se recurrió a todas las artes y la más sutil fue la amenaza de ser vendidas como esclavas, lo cual significaba el harén y la prostitución. Vacilaron. Eulogio lo supo y tembló. Recogió la pluma para alentar a las doncellas y compuso el "documento martirial". "Si el alma queda íntegra lo demás no importa... no podemos mentir para librar a la Iglesia del padecimiento actual... mejor es el sacrificio del espíritu humilde y el alma atribulada..."

El 13 de noviembre Flora volvió a la sala del juez.

—¿Cuál es tu última resolución?

—La misma de siempre y si te empeñas vas a oír cosas más desagradables que otras veces.

—Te espera la muerte.

Flora volvió a su mazmorra como si fuera a un banquete.

24 de noviembre. Las doncellas Flora y María fueron del patíbulo a la gloria. Murieron a las tres de la tarde y los presos a dos coros cantaron el oficio de las vírgenes mártires y después la santa misa.

A los cinco días los presos, según la promesa de Santa Flora, salieron de la cárcel pero tuvieron que prometer obediencia al obispo Recafredo y no alejarse de la ciudad.

Año 852

Empezaba desalentador para los católicos cordobeses, pues las persecuciones lo minaban y se encontraban perplejos por la obediencia que habían prometido a Recafredo, pero como en otro tiempo San Jerónimo, Eulogio supo reaccionar.

El 13 de enero recogía los restos de San Gumerindo y San Servodeo para darle el culto debido a los mártires. Eulogio preparaba a los que iban al martirio. Los confortaba en los momentos de duda y después daba el último reposo a sus cuerpos.

Las vocaciones al martirio se iban definiendo. Ya la habían cumplido las Santas Flora y María. Aurelio, Natalia, Félix y Liliosa esperaban cumplirla. Santa Flora y Santa María se aparecieron a Natalia y le comunicaron su próximo martirio junto con un cenobita que había de venir de Oriente. Todos juntos esperaron a su compañero. Y llegó, era de Siria y se llamaba Jorge, venía a recoger limosnas para su cenobio cerca de Jerusalén. Le comunicaron su vocación, él aceptó y todos se dispusieron para el inmediato martirio.

22 de julio, 5 horas de la mañana.

—Vengo a despedirme y a que nos des tu bendición, Eulogio. Hoy será nuestro encarcelamiento.

—Pero Aurelio, ¿tendréis valor en la hora suprema?

—Dios nos lo dará, Padre. Además, quiero pedirnos que recéis por nosotros. No queremos presentarnos al juez, deseamos que él nos prenda. Nuestras hermanas irán hoy a la iglesia con la cara descubierta, ya verás qué poco tardan en venir a buscarnos.

"Todo aquel, pues, que se declare por Mí ante los hombres también Yo me declararé por él ante mi Padre, que está en los cielos; mas quien me niegue a Mí ante los hombres, también Yo le negaré a él ante mi Padre que está en los cielos."

(Mat., 10, 32-33)

“Quien me hubiese confesado delante de esta generación adúltera y pecadora a éste le confesará el Hijo del Hombre cuando venga en la gloria de su Padre.”

(Mat., 10, 32-33)

No solían ir a descubierto a la iglesia. Así que aquel día un policia que les reconoció les paró.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué dejáis a vuestras mujeres entrar en los santuarios de los cristianos y andar con la cara descubierta?

—Porque nosotros somos cristianos.

Fueron a la cárcel. Se intentó que apostataran, pero fue imposible, a los cinco días, el 27 de julio, fueron todos degollados.

El 20 de agosto murieron Leovigildo y Cristóbal, jóvenes monjes de Córdoba a quienes San Eulogio reafirmó en su decisión.

El 15 de septiembre murieron otros dos, Emiliano y Jeremías. Hablaban el árabe estupendamente y lanzaron tantos insultos contra Mahoma que los musulmanes se olvidaron de lo que habían dicho los mártires anteriores.

Al día siguiente estalló la bomba. Rogelio, un anciano monje, y Servodeo, un joven sirio, se lanzaron a predicar el Evangelio y burlarse del Profeta en la gran mezquita. Los mahometanos se lanzaron contra ellos y a duras penas pudo sacarlos de allí el cadí para cortarles las manos y los pies y luego degollarlos.

El populacho musulmán quedó muy exaltado, un visir propuso arrojar a todos los cristianos a la cárcel. El pánico entre los cristianos fue grande y muchos no tuvieron fuerzas para pasar los días de prueba. Se adhirieron a Recafredo y a los vicios de la civilización árabe.

El obispo no había sido suficiente para impedir los martirios, así que el sultán convocó un concilio. Los infieles ejercían la elección de obispos y convocaban los concilios. La dirección del concilio cayó sobre Gómez, falso cristiano, arabizado y que odiaba a los mártires, pues temía que por su culpa perdería su buena posición. Propuso un documento anatematizando a los mártires. Sólo se declararon en su defensa Saúl, obispo de Córdoba y Eulogio, que hizo una defensa de sus queridos mártires de forma que los otros obispos dudaron y el Decreto resultó dudoso. La conclusión fue: lo pasado pasado está. A los antiguos mártires se les puede dar culto, pero de ahora en adelante queda prohibido presentarse al martirio. No consiguieron su propósito. El 22 de sep-

tiembre murió Abderramán. Le sucedió su hijo Mahomet y para desgracia de los cristianos era un musulmán celoso.

Año 853

Durante un tiempo no había habido más martirios, cosa que aprovecharon los musulmanes para tachar de cobardes a los cristianos. Eulogio creía llegado el fin de los martirios, pero el 13 de junio Fandila, el monje, fue decapitado y al día siguiente Anastasio y Félix. Este mismo día, a las tres de la tarde, la monja Digna se fue donde el cadí.

—¿Por qué asesinas a mis hermanos? ¿Es porque adoramos a Dios y reverenciamos a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo un solo Dios verdadero, detestando, maldiciendo y pisoteando todo lo que no es conforme a nuestra ley?

Murió ese mismo día, al siguiente fue Benildis.

Columba tuvo la audaz inspiración de convertir al cadí y a su casa fue. Quedó emocionado por la suavidad de su palabra y su belleza. No quiso condenarla y la llevaron a palacio para que los visires juzgaran. Allí predicó aún con más audacia.

—No creáis que Cristo tiene una esposa fácil de seducir. Me prometéis abundancia de riquezas, ¿pero quién es más rico que Él? Me proponéis matrimonios terrenos. ¿Es que hay alguien más hermoso que Aquel que vence en hermosura a todos los hijos de los hombres? ¿Dónde hay iglesia o religión más santa que la verdad de la fe evangélica que anunciada por todo el mundo con la predicación de los apóstoles nos da la certidumbre de que toda profecía a ella contraria es un engaño? Dejad la vanidad y buscad la guía segura del Evangelio, para que no seáis llamados abortos de la muerte y engendros de las tinieblas sino más bien hijos de la luz, pues Él nos dijo: “Quien me sigue no anda en tinieblas y todo el que vive y cree en Mí no morirá jamás”.

Le cortaron la cabeza. Momentos antes regaló, en agradecimiento, una cadena al verdugo. Era el 17 de septiembre.

El 18 fue Pomposa.

La persecución continuaba y el número de los apóstatas fue inmenso.

“Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz del día, y lo que escucháis al oído pregonadlo desde las azoteas.”

(Mat., 10, 27)

Año 854

Este año sólo murió Abundio que, delatado al cadí, confesó su fe y fue degollado el 11 de julio.

Año 855

El 30 de abril dieron su vida Amador, Pedro y Ludovico, más adelante Witesindo, que primero había renegado.

Año 856

El 16 de abril subieron al cielo Elías, Pablo e Isidoro. El 28 de junio Algimiro y el 19 de julio Áurea.

Las persecuciones habíanse moderado y los cristianos también. Eulogio andaba ahora más libre, parece ser había hecho promesa de no acudir ni excitar al martirio voluntario a cambio de la libertad y veneración a los anteriores mártires. Sólo Saúl se negaba a comunicar con sus contrarios. Todos los obispos le habían excomulgado y él hizo lo mismo con ellos. La mayoría de los cristianos de Córdoba se encontraban excomulgados. Algunos de los que se habían mantenido fieles como consecuencia de toda esta situación afirmaban que los sacramentos sólo eran válidos si los administraban sacerdotes santos y tenemos de nuevo a Álvaro y Eulogio tanto frente a los detractores de los mártires que se pasaban al islam como a los puritanos, intransigentes con los arrepentidos y que acababan en herejía donatista.

Eulogio no rechazaba comunicar con los que se arrepentían de haber proferido la fórmula musulmana e incluso algunos de éstos llegaron al martirio.

Año 857

El sacerdote Rodrigo había huido hacía años de Cabra. A la vuelta es reconocido por su hermano quien le lleva al cadí. Él rehusó la ley de Mahoma. En la cárcel se encontró con Salomón, que primero había renegado y ahora estaba arrepentido de su apostasía. De sendos golpes se les cortó la cabeza. Era el 13 de abril.

Este año acabó Eulogio de escribir el *Apologético de los mártires*, que sería su última obra.

Año 858

Después de diez años de martirios éste fue el primero de paz.

Año 859

Eulogio es nombrado Metropolitano de Toledo, pero no llegó a tomar posesión de su sede.

Leocricia, una joven hija de moros, abrazó el catolicismo y a la vez el deseo de ser mártir. Huyó de su casa, donde peligraban su vida y su fe, y se refugió en la de Eulogio. Allí los apresó la policía y fueron llevados al cadí.

—¿Qué tienes tú que ver con esta joven para ocultarla en tu casa?

—Juez, tengo un deber sagrado que me obliga a dar la luz de la fe a los que me la piden. Francamente te digo que la he instruido en la fe como te instruiría a ti si me lo pidieras.

—Traed las varas que le vamos a sacar el alma.

—No, mejor que uses la espada. Soy cristiano y lo he sido siempre. Confieso que Cristo es Hijo de María y es verdadero Hijo de Dios. Vuestro Profeta es un impostor un adúltero, un endemoniado que os lleva por el camino de perdición.

—Con esta declaración firmaba su pena de muerte. Eulogio era ya el Primado de España y el Juez no quiso confirmarla sino que lo mandó a Palacio donde los visires lo juzgaran. Allí Eulogio volvió a predicar la verdad del Evangelio y se confirmó su pena. De allí salió el 11 de marzo para el cielo.

El día 15 fue Leocricia quien le seguía.

* * *

El 7 de noviembre de 861 muere su amigo Álvaro. No acabarían los martirios, pues el cristianismo y el islam son inconciliables, pero el aliento de San Eulogio y San Álvaro ya no excitaría al martirio voluntario.

JOSÉ M.^a FERNÁNDEZ

DEL MEMORIAL DE LOS SANTOS DE SAN EULOGIO

Es Dios el que conserva a la Iglesia en medio de la persecución llamada "tolerancia"



N vano se alaba y se pondera como un insigne privilegio el que los sectarios del mismo vate (Mahoma) a quien públicamente se injuria, nos dejan alzar aún el estandarte de la fe cristiana. Como si esto hubiera de agradecerse a la tolerancia de nuestros enemigos y no antes a los designios de la Providencia... no se debe, no, la conservación y custodia de nuestra Iglesia a un beneficio de ese pueblo impío en cuyo poder cayó por nuestras culpas el cetro de España después de la triste ruina del reino godo... si aún subsiste entre nosotros, aunque atribulada y perseguida, la Iglesia católica, esto se debe a la gracia del Redentor.

Defiende la verdad por caridad.

Por lo tanto, yo, aunque ignorante y pecador, falto de ingenio y de elocuencia, deseoso empero de no incurrir en el juicio de los negligentes y hostigado por el agijón de la caridad, quiero exponer la verdadera doctrina en provecho del pueblo católico, a quien he visto dudoso y vacilante en medio de los combates de los soldados de Cristo: ceñido, pues, con la espada de la palabra divina, quiero oponerme a los detractores de los mártires, que no sólo les niegan este glorioso título, sino que los colman de dicterios y blasfemias, y quiero juntamente vindicar la ilustre memoria de estos santos que tan provechosos ejemplos nos han dejado con sus triunfos.

Historia de los martirios.

Así, pues, los que han recibido licencia de Dios para predicar la verdad ante los pueblos, no deben callarse en medio de los peligros, para ser comparados a antorchas puestas, no debajo de un celemín, sino sobre el candelero... conforme a esta doctrina en todos tiempos, y ahora entre nosotros, muchos soldados de Jesucristo, ejercitados antes en toda abnegación y virtud, han salido al palenque armados con la loriga de la justicia, predicando el evangelio de Dios a los Príncipes, y pueblos de la tierra; y llevados de un santo celo contra los adversarios de la Iglesia, han puesto en evidencia los errores, abominaciones y vanidades en que abunda la doctrina del falso Profeta, anatematizándola justamente al par con sus secuaces. Intrépidos y arrojados, como enardecidos con el amor del cielo y ansiosos por ver la Faz del Señor, despreciaron el peligro y la muerte, levantando en público el estandarte de la verdad y acudiendo a las puertas del mismo alcázar real para dar alto testimonio en pro de Jesucristo y contra el torpe impostor. Irritóse la perversa cohorte de los nfeles, ardiendo en deseo de la venganza, y sin comprender que para aquellos cristianos era gloria y recompensa lo que creían suplicio y pena. Benditos sean, pues, del Señor los que voluntariamente se ofrecieron al peligro, los que confesaron en público la santa fe que hoy cree y predica toda la Iglesia de España, aunque ocultamente por la opresión en que gime.

Como don gratuito de Dios, y que muchas veces en su misericordia le ha concedido a los malos, no ha de recomendar tanto al que los obre (los mi-

El don de martirio superior al don de milagros.

lagros) como la santidad de su espíritu y doctrina, sus virtudes y caridad. Esta es la mayor recomendación de nuestros ínclitos mártires en quienes brillaron todas las virtudes, y principalmente la fe, raíz y fundamento de todas. Recibid, pues, como mayor argumento de santidad la muerte que sufrieron por Dios, que no los mayores prodigios que pudieran obrar.

La condena del error deber de caridad.

Porque amando verdaderamente por causa de Dios a sus enemigos y deseando con viva solicitud su salvación, los arguyeron celosamente para que no viviesen más tiempo enredados en el laberinto de la impiedad; y haciendo bien a los mismos que aborrecen a Cristo, creyeron que mejor moverían sus duros corazones con el ejemplo de su sangre vertida, que no por palabras de enseñanza, para que al fin, depuestos sus errores, abrazasen la fe salvadora del divino Redentor.

Los mártires son de los primeros del Reino de los Cielos. Muchos han sido canonizados.

¿No murieron de semejante manera los Santos Emeterio y Celedonio, San Félix de Gerona, San Sebastián, San Tirso, San Adriano, San Justo y San Pastor, Santa Eulalia de Barcelona, San Babilas y otros muchos que, presentándose espontáneamente, fueron coronados? y, por lo mismo diré yo con un sabio escritor: Deben contarse entre las primeras dignidades del reino de los cielos estos que vinieron a la pasión sin ser forzados, porque es mayor heroísmo el presentarse a los tormentos cuando no hay culpa en retraerse, pero en verdad, es forzoso confesar que hay crimen en ocultarse cuando la confesión de nuestra fe exige la predicación y pide el testimonio, cuando sólo de esta manera puede brillar a los ojos de los infieles e incrédulos la luz y gloria de nuestra creencia.

Cristianos vendidos condenan a los mártires.

¡Ay de los que en obsequio de los mismos infieles, y por no perder los honores y bienes del siglo, denuestan a los que se sacrificaron por Dios y anatematizan a los que se atreven a imitarlos, teniendo a la virtud por pecado y convirtiendo en tinieblas la luz!

Hay que venerar a los mártires deseando la gracia del martirio.

¿Puede abrigarse duda racional acerca del motivo, de la intención que arrastró al suplicio a estos soldados de Jesús? ¿Quien les impulsó a perder la vida sino un vivo y ardentísimo deseo de dar su sangre por su Redentor y ganar así la querida patria eterna? Creed, por lo tanto, conmigo y con cuantos piensan pía y religiosamente, que son verdaderos mártires los que entre nosotros han sucumbido por la fe y por la justicia, tributándoles la debida veneración decid: Muramos nosotros como ellos y sean nuestros postrimerías semejantes a las suyas. (Rom. 23, 10).

Hay que dar gracias a Dios por los mártires que ha suscitado.

Reunamos todas nuestras plegarias y deseos, dando gracias a Dios por haber renovado para nosotros aquellos tiempos venturosos de persecución, de merecimiento y de gloria en que la Iglesia cristiana amontonaba piedras para el edificio sublime y magnífico de la celestial Jerusalén.

DEL INDÍCULO LUMINOSO DE ALVARO DE CÓRDOBA

Lejos de nosotros, hijos de la Iglesia católica universal, tomar las armas contra nuestra madre, como pretenden algunos, porque acudimos en defensa de los mártires a quienes en verdad la Iglesia no rechaza, sino recibe; no infama, sino elogia; no deprime, sino ensalza. Nosotros, siguiendo el sentir de esta misma venerable Madre nuestra, y gozándonos en la mayor gloria y hermosura

La veneración de los mártires querida por la Iglesia.

de Esposa de nuestro Redentor, veneramos y reverenciamos a los que han dado su vida por Jesucristo y por la verdad, sin pretender truncar por la variedad de los tiempos la continuación de unos hechos que con perfecta identidad ejecuta siempre el espíritu cristiano. Esta es la creencia universal y constante de la Iglesia; más como desgraciadamente hay en nuestros tiempos algunos cristianos incapaces de fervor, fríos en la fe, que, amedrantados por los temores del mundo y por la espada de los infieles, propalan ser inspirados por el diablo, los martirios de nuestros días, por lo mismo nosotros queremos combatir esta opinión y volver por la gloria de los mártires discutiendo con mansedumbre al par que con entera tenacidad, pues entramos en polémica con nuestros hermanos.

Los mártires de Córdoba siguieron el ejemplo de los antiguos

Leed las actas de los diferentes santos mártires que pelearon en los ejércitos de Dios... y veréis claramente que muchos de ellos se lanzaron voluntariamente al combate... presentándose, a ejemplo del Señor, como ofrenda espontánea, y por lo mismo más agradable, sobre el altar consagrado por la Sangre imperecedera de Cristo Dios. Hallaréis asimismo en aquellas actas, lo que más reprendéis: el haber fatigado los mártires a los presidentes y príncipes con invectivas y censuras.

Tiempos de persecución

¿Y habrá todavía alguno tan envuelto por las nubes del error, tan manchado por el cieno de la iniquidad, que niegue que estamos en tiempos de persecución? ¿Pues qué mayor persecución puede haber, y qué opresión más dura puede tenerse, cuando ya no se atreve a publicar la boca lo que cree racionalmente el corazón,... ¡Y hay de nosotros! porque en este tiempo, pobre en cristiana sabiduría y rico en diabólico celo, no se halla quien levante el estandarte de la fe sobre los montes de Babilonia y sobre las negras torres de la soberbia, ofreciendo a Dios el sacrificio de la tarde... ¡Y ay de nosotros que arrastramos estos improperios y afrentas y dudamos de la persecución en tiempo del anticristo!

Tibieza de los cristianos, que, por respeto humano, disimulan su fe y condenan a los mártires.

Pero digamos brevemente algo que explique el desmayo y tibieza en que vivimos nosotros por los justos juicios de Dios. Los mismos fieles que sirven a los paganos en los destinos palaciegos, ¿no se han dejado enredar en sus errores y contaminar con sus abominaciones? No se atreven a orar en público ante los gentiles ni imprimir en sus frentes la señal de la cruz al bostezar, ni a confesar en presencia de ellos la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo sino con palabras artificiosas, afirmando con ellos que Jesús es el Verbo y Espíritu de Dios y guardando su creencia escondida en sus corazones... ¿Y por qué obramos así sino por miedo de un Rey de la tierra, de cuyo dominio sabemos que pronto hemos de salir, mientras que deseamos el santo temor del Rey Eterno, quien estamos seguros de ser llevados pronto y para siempre?

Los cristianos que condenan a los mártires son peores que sus verdugos.

¿Por qué no admiráis y alabáis su intención sublime (la de los mártires), su fe ardiente, su celo por la gloria de la Religión católica? ¿Por qué escogiendo la peor parte, e imitando a los infieles, los calumniáis y denostáis? Pero aún lo haceis con peor consejo que los mismos gentiles, pues ellos mataron con la espada a los que vieron hostiles a su fe, y vosotros matáis con vuestras palabras y opiniones a los que profesan vuestra misma creencia; ellos les quisieron quitar la vida mundana, y vosotros la eterna.

Pero nos replicáis: por causa de los mártires las basílicas de Dios permanecen desiertas de sacerdotes, y continuando en su fuerza de persecución, está

**Conducta infame de los
traidores tan abundantes
entre los dirigentes de los
cristianos.**

interrumpido el sacrificio incesante. Pero a esto responde la verdadera fe que esto lo han hecho nuestros delitos por atrevernos a levantarnos contra los mártires de Dios y contra el mismo Jesucristo. Recuerde el pueblo cristiano qué furiosa tempestad se movió entre nosotros mismos, tomando armas rebeldes contra el mismo Dios, y entonces arroje, si puede, tal mancha sobre la gloria de los santos mártires. Por ventura, esos mismos que parecían columnas, que eran estimados como piedras de la Iglesia, que eran mirados como elegidos, ¿no se fueron al juez sin obligarles ni provocarles a ellos persona alguna, y en presencia de los cínicos, mejor dicho de los epicúreos, infamaron a los mártires de Dios? Por ventura, los Pastores de Jesucristo, los Doctores de la Iglesia, obispos, abades, presbíteros, próceres y magnates, ¿no clamaron en público que aquellos eran herejes, profiriendo así espontánea y libérrimamente, sin indagación ni interrogatorio lo que no debía decirse ni amenazando sentencia de muerte? Todos, ¡oh dolor! hollando la conciencia, menospreciando la fe, sirvieron a la mentira, infamando a sus hermanos, cuya fe y piedad bien conocían.

Pongamos en parangón si os parece justo, nuestras confesiones mentirosas y las verdaderas de nuestros mártires. Ellos afirmaron lo que predica toda la Iglesia: Nosotros lo que infama toda la cristiandad; ellos maldijeron al falso Profeta: nosotros a los adoradores de Cristo; ellos persiguieron a los infieles: nosotros a los cristianos; ellos se han opuesto osada y resueltamente contra el diablo: nosotros contra el Señor; ellos han resistido al Rey de la tierra: nosotros al del cielo; ellos han profesado con la boca lo que sentía su corazón: nosotros hemos tenido una cosa en la conciencia y otra en los labios; ellos han sido confesores y testigos verdaderos: nosotros, ¡ay de mí! falaces y engañosos.

“Lo que en verdad angustia y causa pena es la situación de ese pueblo mozárabe, el más infeliz de la tierra, conducido al degolladero y puesto bajo el cuchillo por sus pastores, esquilado por malos sacerdotes, vendido por los que debían protegerle, víctimas de juicios inicuos de su propia raza, cien veces peores que los sarracenos, y, sin embargo, constante y firme con raras excepciones en la confesión de la fe.”

(Historia de los Heterodoxos, vol. I, pág. 321)

SITUACION DE LOS MOZARABES EN CORDOBA *



ORRÍA el siglo IX. Hacía ya más de cien años de la invasión. La inicial condescendencia de los valíes con sus súbditos cristianos se había ido convirtiendo en abierta tiranía.

Los mozárabes habían abrigado durante algún tiempo esperanzas de restauración, pero ahora no podían menos de confesar que todo estaba perdido irremediamente. Sólo les quedaba conservar sus casas intactas de la impiedad agarena y aceptar con resignación el hierro, que cada día se hacía más insoportable.

“No pidais ni luz, ni lumbre a los politeístas, no toméis por amigos a los cristianos, porque con la amistad acabaréis por pareceros e ellos”. Así dice Mahoma en el Corán, y añade: “El creyente no debe amar a los infieles rebeldes a Dios y a su Profeta, aunque sea padre, hijo, hermano o aliado”.

El odio y el desprecio inspiraban las relaciones de los vencedores con sus vencidos. Se ha hablado de la tolerancia de los árabes en España, pero eso es una gran falsedad. Es cierto que los emires no acudieron en los tiempos normales a los medios sanguinarios; pero toda la legislación y organización administrativa de aquella sociedad constituía ya de suyo una persecución enconada, que hacía necesario el heroísmo para profesar la religión cristiana.

Cristianos y musulmanes vivían en barrios distintos dentro de la ciudad. Los cristianos debían saludar reverentes a todo musulmán que se cruzase con ellos en la calle; si estaba sentado debía ofrecerles su asiento; el cristiano no podía montar a caballo, ni ceñir espada, ni fabricarla, ni tenerla en casa. Sólo a este precio podía comprar el derecho de vivir y practicar, con innumerables restricciones, su religión.

Todo cristiano, además de los censos extraordinarios, debía pagar al Tesoro musulmán el impuesto anual de la tierra, el *jarach*, y un tributo personal, la *chizia*. A él estaban obligados todos los varones que no islamizasen. Era el precio por la condescendencia del Estado al dejarles vivir en las tierras del Profeta.

Su cuantía era muy elevada. “Es necesario que los cristianos prueben en sus propias carnes esta señal de abatimientos para que acaben por creer en Alá y en su Profeta, y sólo entonces se libren de este vergonzoso yugo”, decía el comentarista coránico.

La situación era insostenible. Algunos se presentaban en la mezquita pronunciando la fórmula prescrita: “Dios es Dios y Mahoma su enviado”, creyendo que les bastaba ser cristianos en el interior del corazón, pero los más apostataban con cuerpo y alma de la fe.

La Iglesia mozárabe gemía sollozando. En aquellos días se introdujo la fiesta de San Clemente en cuya misa rezaba así el sacerdote:

“Atiende, oh Señor, a salvar con tu paz las afligidas reliquias de los cristianos, para que los que sufrimos el yugo durísimo y sensual de parte de diversas gentes, predicando pacíficos la verdadera paz, podamos entrar en el paraíso... de suerte que no puedan arrancarnos del santo propósito los étnicos e irregenerados. Quebranta su arco poderoso. Confundo los malignos consejos que traman contra nosotros, a fin de que los que aquí, por el nombre de tu Hijo, sufrimos de ellos diversos oprobios y escarnios indecibles, consigamos allá arriba, la remisión de los pecados, a causa de la fe que profesamos, y por la cual somos arrastrados hasta la mendicidad y la muerte.”

El número de los fieles disminuía sin cesar; la sensualidad mahometana iba enervando a los cristianos más convencidos; el temor de la persecución latente acobardaba los ánimos. San Eulogio adivinaba un porvenir muy sombrío para la Iglesia y se oponía con todas sus fuerzas a la violencia del mal. “No callaré —exclamaba— seré como un perro que nunca se cansa de defender los intereses de su Señor, y tanto más ladra y acomete cuanto más le hieren y atormentan”.

Lo inexplicable es cómo la verdadera doctrina seguía en pie después de siglo y medio de dominación musulmana. Mil peligros se juntaban para combatirla y destruirla. Por una parte, las tendencias unitarias del Islam; por otra las reliquias de la antigua herejías de los godos: el arrianismo. No faltaban tampoco reto-

* Extracto de la obra de Fray Justo Pérez de Urbel “San Eulogio de Córdoba”, Madrid, 1928.



ños de las antiguas sectas gnósticas y demás corrientes heréticas venidas de Oriente. Durante el primer siglo de dominación árabe se había visto herejes sabelianos tocados de mahometismo, ensayos de armonización cristiano-musulmana, fanáticos que se hicieron pasar por el Mesías, dogmatizadores ignorantes e idiotas que lograron arrastrar a otros más ignorantes que ellos. Vino después la famosa aventura teológica de Elipando de Toledo y Félix de Urgel, que, salvando las fronteras, dio mucho que hacer a los maestros más sabios del Imperio de Carlomagno y a los eruditos del reino de Asturias.

La herejía del arzobispo de Toledo había sido un intento de acercar el cristianismo al mahometismo. Si Cristo, en cuanto hombre, era simplemente hijo adoptivo de Dios, el Alcorán tenía razón al decir que era un gran Profeta, pero nada más.

Todas las herejías que aparecieron por aquella época eran antitrinitarias, señal palmaria de la influencia mahometana en el seno del cristianismo. Negada la Trinidad, era lógico que negasen también la divinidad de Cristo, y efectivamente Jesucristo era para ellos un puro hombre, un simple profeta.

La prosperidad se desarrolló durante el reinado de Abderramán. San Eulogio se quedaba perplejo

ante la magnificencia de su corte “que, superando a todas las anteriores en lujo y pompa secular, levanta la capital de su imperio a extraordinaria grandeza, la sublima en honores, la dilata en gloria, la colma de riqueza y la llena de todas las delicias del mundo, por encima de todo lo que se puede decir y creer”.

En aquel reinado, empieza Córdoba a ser lo que los autores árabes nos describen tal vez hiperbólicamente: la ciudad de las doscientas ochenta mil casas, de las setenta mil cuatrocientas cincuenta y cinco tiendas y oficinas; de los veintiocho arrabales, de los millares de mezquitas, de los novecientos baños, de los palacios, quintas, posadas y jardines innumerables. Tal era la opulenta ciudad. Los amigos de Eulogio, lejos de amar aquel esplendor, veían en él algo diabólico: un cebo de Satanás para coger a los incautos. Miraban con envidia hacia las montañas del Norte, donde sus hermanos vivían pobres, pero libres, bajo el gobierno de príncipes cristianos. Muchos abandonaron sus hogares para marchar allá arriba, pero los más estaban atados con muchos lazos a la tierra en que habían nacido; tenían que quedarse.

El yugo que sobre ellos pesaba hacía cada vez más insostenible. La ley continuaba concediéndoles el derecho a existir, pero les hacía imposible la vida. Se hallaban empobrecidos, envilecidos y despreciados.

“Nos hallamos —dice San Eulogio— como los israelitas bajo el látigo de los egipcios.”

El Estado reconocía la existencia de la Iglesia, pero con el fin de dominarla y tiranizarla mejor. Un obispo elegido no podía ocupar su sede sin la aprobación del emir. A veces era él mismo quien los elegía, a cambio de una buena cantidad de dinero o de una promesa fidelidad absoluta.

Los sacerdotes eran los que más tenían que sufrir del fanatismo musulmán. Su presencia en la calle daba lugar ordinariamente a alguna escena desagradable. Los niños gritaban contra ellos toda suerte de injurias; los jóvenes cantaban canciones indecentes e irreverentes a las personas mayores, movían la cabeza, lanzando miradas burlonas o coléricas y murmurando palabras ininteligibles y, desde las ventanas, les arrojan cascotes, piedras y porquerías. Se les miraba como inmundos, se evitaba su trato, y, si era preciso hablarles, se les hablaba a distancia para no tocar sus vestiduras. Era sumamente peligroso para ellos internarse por los barrios de los musulmanes, y, salvo en caso de absoluta necesidad, no salían de su casa para suscribirse al bárbaro fanatismo del populacho.

A muchos musulmanes fanáticos les parecía que el

trato que se les daba a los cristianos era de una tolerancia excesiva. Los más exaltados proponían una solución final: hacer desaparecer a los cristianos. Así Ibm-Hocal, emisario de los fatimitas vencedores en África y deseosos de poner el pie en España, en un libro que escribió pocos años después sobre su viaje por el Andalus, proponía exterminar a los cristianos hasta el último.

En el consejo real se pensaba de distinta manera. Todo aquel lujo cortesano requería mucho dinero y era necesario que no faltase nunca la gente que llenase el tesoro. Además, los cristianos eran buenos trabajadores. Ellos engrosaban las filas de la clase fabril de Córdoba; y todos aquellos alarifes y canteros que trabajaban en los palacios de los príncipes y magnates eran cristianos más o menos islamizados. Cuando estos cristianos se acabaran de islamizar, Abderramán III se vería obligado a traer miles de operarios del norte de España, con los problema políticos que ello implicaría, para continuar las fantásticas construcciones del II.

Como se ve, esa moderación más que por la tolerancia religiosa estaba inspirada por la política, un arte en el que Abderramán era maestro.

A los cristianos más que con odio los miraba con

desprecio. No sería él quien provocarse un conflicto religioso. Habría lucha; los cristianos la temían y la adivinaban; pero la provocación no vendría tampoco de ellos, sino de la intolerancia de la morisma cordobesa mezcla confusa de renegados, bereberes, árabes y sirios unidos todos para defender la intangibilidad del Alcorán. Era la plebe fanatizada que miraba con recelo a sus sabios andaluces que estudiaron en Oriente y hablaba con horror de los audaces que en la corte de los Abbasidas disputaban de todas las cuestiones divinas y humanas dejando a un lado toda revelación y poniendo el Alcorán en ridículo. El populacho de Córdoba detestaba a los filósofos, los trataba de impíos y, más de una vez, los apedreó y los quemó.

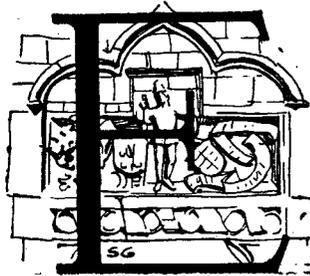
Esta intolerancia popular frente a sus filósofos árabes se volcaba sobre los cristianos, sobre todo contra los cristianos fervorosos dirigidos por Eulogio. A fines del reinado de Abderramán asistimos a una exacerbación del fanatismo, que colmó la medida de los sufrimientos atesorados durante un siglo. Los cristianos iban a protestar valientemente, desafiando a sus opresores con una actitud casi única en la historia. Pudieron asir el hierro, sumarse a los movimientos de revuelta que se preparaban por todas partes; pero quisieron morir de una manera más gloriosa.

(Extracto de la obra de Fray Justo Pérez de Urbel.)

“Tiempo es ya de referir las pruebas porque pasó durante la persecución (San Eulogio), pues mientras los obispos, los sacerdotes y los sabios de Córdoba andaban extraviados en sus opiniones acerca de los martirios, que habían empezado poco antes, y compelidos del temor negaban casi la fe de Cristo, sino con palabras con indicios al menos, a nuestro Eulogio, constante e inflexible, jamás debió vacilar ni con el más leve suspiro. Antes bien, saliendo al encuentro de cuantos mártires iban al suplicio, confortaba sus ánimos, recogía y enterraba con veneración las reliquias de todos, contribuyendo a encender más y más el fuego santo del martirio, y por tan justo celo sufría muchas afrentas y arrostró grandes peligros.”

(Alvaro de Córdoba)

LOS MARTIRES DE CORDOBA Y LA CRISTIANDAD HISPANICA DEL SIGLO IX



En los siglos que siguieron al Guadalete y Covadonga la cristiandad hispánica constituía en el plano político un pequeño enclave en el noroeste de la península y posteriormente también una marca del imperio creado por Carlomagno apoyada en las vertientes meridionales del Pirineo.

El mundo ibérico se presentaba entonces como tomando su consistencia en torno al núcleo que era la Córdoba de los Omeyas, una de las dos o tres ciudades más cultas, prestigiosas y poderosas

de aquellos siglos.

La invasión musulmana, que no fue tanto árabe cuanto berberisca, causó la islamización del mundo ibérico de entonces. En él los elementos étnicos extranjeros nunca pasaron de ser sino pequeña minoría. "Lo que hubo en España a partir de 711 fue la defección de numerosos indígenas bajo las presiones y halagos del nuevo poder. Y la situación vino a ser ésta: una fuerza de pocos árabes y sirios y bastantes más berberiscos quedó acampada en el país y así continuó entre los numerosos españoles islamizados. La lucha que denominamos Reconquista se peleó por los pueblos españoles cristianos contra un elemento invasor extranjero y un elemento indígena islamizado mucho más numeroso que el venido de fuera y el que en definitiva dio consistencia y duración a los poderes musulmanes establecidos en nuestra península" (1).

* * *

En la perspectiva de la misión histórica de España en los siglos posteriores, las heroicas minorías que acaudillaron la reconquista guerrera, y la resistencia de la fe hasta el martirio, se revelan como los escogidos por Dios en sus designios providenciales como fecundos patriarcas de la futura nación cruzada y misionera.

La grandeza y misterio de su obra es tanto más admirable por las muchas tentaciones que en aquellos siglos convergían para arrastrar las fuerzas y el temple de nuestros antepasados a ponerse al servicio de la lucha anticristiana movida por el espíritu del falso Profeta.

* * *

En la Córdoba contemporánea de San Eulogio, como tantas veces en el Al-Andalus de aquellos tiempos, el ardor y entusiasmo popular era guiado por el fanatismo de las más radicales actitudes musulmanas.

Todas las intransigencias y puritanismos que impulsaron las sucesivas invasiones africanas encontraron su apoyo en nuestra península, en una plebe

(1) J. J. Peña Ibáñez, "La Lucha española contra el islamismo", *CRISTIANDAD*, n.º 16 15 de abril 1945, pág. 174-175.

ardorosa que se escandalizaba precisamente de la tolerancia “política” hacia los cristianos.

* * *

No el África, sino el mundo islámico, podía haber comenzado en los Pirineos. Nuestra Barcelona, la ciudad que en los siglos de la decadencia ilustrada de la cristiandad occidental tiende a enorgullecerse de ser “puerta de Europa”, se sentía hostil a los francos y simpatizaba con los musulmanes. Según testimonio de Ermoldo Nigelio, un cronista contemporáneo de la conquista por Ludovico Pío:

“Urbs erat interea Francorum inhospita turmis
Maurorum votis adsociata magis” (2).

Y si los “franceses” la hubieron mala en “esa de Roncesvalles”, también la política antifranca del conde Borrell posibilitó mucho después el saqueo de Barcelona por Almanzor. Al decir de Aben Hayan: “Los Omeyas habían tenido por regla respetar a los príncipes de Barcelona por miedo a verse obligados a combatir con el Rey de los romanos (el imperio de Carlomagno y sus sucesores); pero Almanzor, sabiendo cierto que los barceloneses se habían ya separado por entero del reino de los francos, los atacó con fuerza, saqueó su país, tomó Barcelona y la destruyó, y llenó de humillaciones y dolores a sus habitantes” (3).

* * *

Obispos españoles sometidos al poder musulmán habían sentido, en la primera centuria de dominio islámico, la tentación nistorianizante de la herejía adopcionista de Félix de Urgel y Elipando de Toledo. El adopcionismo deformaba la fe cristiana y dejaba a sus secuaces disponibles para la entrega al islamismo.

Mientras en el occidente cristiano se hablaba de “los errores y abusos de los españoles”, y del adopcionismo como la “herejía española”, Elipando pretendía alegar en favor de sus conceptos la tradición teológica de la Iglesia de los Concilios de Toledo.

Y respondiendo a Elipando, los obispos franceses del concilio de Francfort y el propio Carlomagno se habían dirigido a los españoles con las imprudentes palabras que redactó probablemente Alcuino:

“¿Qué nos importan a nosotros San Eugenio, San Ildefonso y San Julián, autores en todas partes desconocidos? Si han redactado verdaderamente las fórmulas que citáis, no es extraño que Dios haya castigado a España entregándola al poder de los infieles.” “No es de extrañar que los hijos se parezcan a sus padres” (4).

También así la pendería e ignorancia de los hombres del renacimiento corolingio se complacía en empujar al minoritario cristianismo español de entonces a ser absorbido por la sociedad islámica como lo fueron en Oriente las cristiandades monofisita y nestoriana.

“Triste cosa fue que principiase el desorden y la rebelión por la cabeza y que el obispo de Toledo, sucesor de Ildefonso, de Julián y de Eugenio, en

(2) Citado por R. Dozy “*Historia de los musulmanes españoles*”, Madrid 1878. Lib. II, pág. 57.

(3) R. Dozy “*Recherches sur l’Histoire y Litterature de l’Espagne*”, Leyden, 1860, pág.123-124.

(4) Citado por Emile Amann. *Histoire de l’Eglise*, Bloud & Gay, 1941, vol. VI, pág. 143.

vez de animar a los fieles al martirio o a la guerra santa, esparciese entre los suyos la cizaña, trayendo nueva tribulación sobre la Iglesia española.”

“Pero no lo dudemos: esta tribulación como todas, a la vez que providencial castigo de anteriores flaquezas, fue despertador para nuevas y generosas hazañas. Ella aguzó el ingenio y guió la mano de Beato y Heterio, para que defendiesen la pureza de la ortodoxia con el mismo brío con que había defendido Pelayo de extraños invasores los restos de la civilización hispano-romana, amparados en los montes cántabros. Allí se guardaba intacta la tradición isidoriana, allí vivía el salvador espíritu de Osio... y la herejía fue vencida y humillada por Beato: ni restos de ella quedaron... ¿No hubiera sido muy de temer la fundación de una iglesia nestoriana, es decir, el cisma acompañado de la herejía? ¿Cuándo hubo circunstancias más propicias a ello? Quien privaba a Elipando de hacerse Patriarca y cabeza de la iglesia de España? (5).

* * *

Unas décadas después floreció en Córdoba, reviviendo el atanasiano espíritu salvador de Osio, en el ambiente seductor y corrompido de los Omeyas, aquella ferviente escuela de hombres cultísimos y señoriales, también auténticos herederos de la tradición isidoriana, que defendieron su fe, y con ella la herencia romana de su cultura, con temple y gesto de radical audacia y alentaron a los mártires en sus actitudes de valentía y combate heroico.

Los mártires cordobeses y sus maestros y defensores han sido siempre escándalo para el fariseísmo de la mediocridad. Todos los sofismas y perspectivas deformadas, todas las acusaciones que han continuado la línea de sus adversarios cobardes y hipócritas, quedan siempre impotentes frente a la lección histórica de su fecundidad.

Los frutos de su martirio y de la enseñanza de Alvaro de Córdoba y de San Eulogio cuentan entre las causas más profundas que posibilitaron el futuro cristiano de las gentes ibéricas.

FRANCISCO CANALS VIDAL

(5) Marcelino Menéndez y Pelayo, “Historia de los heterodoxos españoles”. Obras completas, vol. XXXVI, pág. 51 y 52. Santander, 1947.

OBLIGACION DE CONFESAR NUESTRA FE

Están obligados los fieles cristianos a confesar públicamente la fe siempre que su silencio, tergiversación o manera de obrar llevara consigo la negación implícita de la fe, desprecio de la religión, ofensa a Dios o escándalo del prójimo. Si alguien después de haber recibido el bautismo, conservando el nombre de cristiano, niega pertinazmente alguna de las verdades que han de ser creídas con fe divina y católica o la pone en duda, es hereje; si abandona por completo la fe cristiana, es apóstata; finalmente, si rehúsa someterse al Sumo Pontífice o se niega a comunicar con los miembros de la Iglesia que le están sometidos, es cismático. Sin licencia de la Santa Sede o, si el caso urge, del ordinario local, se guardarán los católicos de tener disputas o conferencias, sobre todo públicas, con los acatólicos (canon 1325).

EL CARDENAL MINDSZENTY

La figura del cardenal Mindszenty es quizáas el ejemplo más destacado, pero no el único, de como en pleno siglo xx un prelado puede y debe enfrentarse al poder en defensa de la fe que le ha sido confiada, aun a costa del martirio. Su liberación, en 1971, que tampoco le ha apartado de la Iglesia del Silencio, ha contado con pocas evocaciones, hasta ahora. Una de las más sinceras y documentadas ha sido la de Paul Lesourd, profesor de la Universidad Católica de París, que publicó hace un año una biografía del Cardenal, recientemente traducida al español. La obra consta de tres partes: en la primera, se traza una breve historia de Hungría, resaltando el papel del Primado en la vida de aquella nación; la segunda es una biografía del cardenal Mindszenty, que abarca hasta su detención; la tercera, completa la biografía hasta su liberación en 1971. Quizá sea la "vida pública" del Cardenal la menos conocida. En este número dedicado a los mártires de Córdoba, y en evidente paralelismo, resumimos del libro citado los pasajes más relevantes de la biografía del cardenal Mindszenty en los que se pone de manifiesto su valentía de predicador de la fe. Fueron precisamente unas declaraciones suyas, las referentes a la estatificación de la enseñanza, las que hicieron rebosar el vaso del odio comunista y precipitaron su detención y martirio.

El cardenal Mindszenty nació el 29 de marzo de 1892 en Csehimindszent, al oeste de Hungría, en la diócesis de Szombathely, en el seno de una familia de pequeños propietarios campesinos. En 1942, el Cardenal, como otros muchos húngaros, magiarizó su nombre para protestar contra la ingerencia de los alemanes en los asuntos de Hungría. Entonces cambió su apellido familiar, Pehm, por el del nombre de su pueblo natal.

Fue ordenado sacerdote en 1915, vicario en Felso-paty desde 1915 hasta 1917, y desde 1917 hasta 1921 limosnero de la colegiata de Zalaegerszeg, una pequeña ciudad del departamento de Zala, de la cual se convirtió en párroco (1921-1944).

Pastor de almas, siguiendo los consejos de su obispo dirigió la fundación de trece parroquias, nueve iglesias y ocho escuelas primarias. Creó dieciocho capillas de beneficencia. Hizo venir franciscanos a su parroquia. Contribuyó a la fundación de un instituto para muchachas confiado a las religiosas de Norte-Dame. Para los ancianos creó el asilo de San José, y puso en pie una imprenta y un periódico católico. Su actividad apostólica hacía al abad Mindszenty digno del episcopado. Es lo que opinó Pío XII al nombrarle, el 3 de marzo de 1944, Obispo de Veszprem.

Fue consagrado el 25 de marzo siguiente.

El 27 de noviembre de 1944 fue detenido por los

alemanes con 26 de sus sacerdotes o seminaristas por la ayuda que prestaban a los judíos perseguidos por los nazis. Se dirigieron en procesión al lugar de su encarcelamiento donde permanecieron cuatro meses. En los calabozos subterráneos de la prisión departamental, el 7 de diciembre de 1944, festividad de San Ambrosio, el gran defensor de la libertad de la Iglesia, Monseñor Mindszenty procedió a la ordenación de diez seminaristas prisioneros con él. Había un solo cirio, un solo sobrepelliz, un solo ornamento para los diez ordenados y la consagración.

Cuando salió de aquella prisión nazi, en la Pascua de 1945, reasumió inmediatamente el gobierno de su diócesis.

La policía del régimen comunista fue en busca suya: le necesitaban. Sabían que tenían mucho a ganar si lograban engañar o seducir a aquella víctima de los *cruces gamadas*. Pero aquel obispo no era de los que se dejan comprar.

Monseñor Mindszenty firmó el 24 de mayo de 1945 la carta colectiva del episcopado húngaro en la que se estigmatizaba la espantosa conducta de los soldados rusos, en la que se evocaba el asesinato, por los soldados rusos, del obispo de Győr y en la que se expresaba también el vivo afecto por los que estaban en prisión.

Monseñor Mindszenty sólo permaneció unos me-

ses en Verzprem, ya que cuando en 1945 el primado cardenal Seredi, eminente jurista que ocupaba la sede de Esztergom desde 1928, murió, el Papa Pío XII nombró a Monseñor Mindszenty como sucesor suyo.

El 30 de noviembre de 1946 el cardenal Mindszenty consagró personalmente en Debrecem a su sucesor en el obispado de Versprem.

En la ceremonia de consagración del nuevo obispo de Verszprem, el tema de la homilía del Cardenal fue, valientemente en momentos semejantes, *lo que el Obispo debe predicar*:

“El pastor —dijo— de la diócesis de Verszprem se hará eco de las verdades eternas, invariables, no alteradas por la moda... Ha de recordar continuamente que hemos sido rescatados por la sangre preciosa del Cordero y no por el oro o la plata perecederos (I Pedro 1, 19). Predicad el principio de que la nación que reniega de su pasado, que lo olvida o lo desprecia, no merece ver el futuro...”

“En vuestra diócesis se yerguen las ruinas del fuerte del Sümeg, sobre cuyas almenas fue clavada en el siglo xvii la cabeza del obispo mártir. Símbolo del destino del Obispo, ligado al martirio. Pero la herida causada por un amigo vale más que el beso dado por un enemigo (Proverbios). La reconstrucción, la veremos aquí, exigirá un duro trabajo, pero a condición de que la fe y las virtudes de los antepasados figuren entre los factores de su reconstrucción...”

“Amad la verdad, no la sacrificéis ni por unas lisonjas ni por temor. Según las palabras de la consagración (episcopal) no llaméis al mal bien, ni al bien mal; no hagáis de las tinieblas luz y de la luz tinieblas...”

“Si de cuando en cuando el peso de vuestras responsabilidades os asusta y la oscura noche de Getsemaní os rodea, no olvidéis que estáis apoyado por la plegaria de decenas de miles de vuestros antiguos feligreses, y por la de centenares de miles de vuestros nuevos fieles... Sed pacificador de las almas a la cabeza del rebaño de Cristo.”

Anteriormente, en junio de 1946, al consagrar a otro de sus sufragáneos, el obispo de Győr, el Cardenal definió lo que es la vocación histórica del obispo húngaro.

“La Iglesia Universal nos ofrece a San Ambrosio. Tomó posesión de su sede episcopal en medio de las luchas sociales y de los partidos. Aunque era un aristócrata, no condescendía con las personas de elevada condición que se vanagloriaban de su genealogía, de sus perros y de sus caballos, pero olvidaban a los pobres. Y fustigaba a los pobres que no tenían nada para comer pero que se pasaban el día en las

taberna acechando lo que podían ganar sin trabajar...”

“Daba a cada uno lo suyo. El odio no tuvo cabida en él. Sólo tomó partido por la verdad. En medio de las luchas entre los cristianos y el paganismo, no osciló nunca. No quiso jugar a ser político realista...”

El cardenal Mindszenty es ante todo y sobre todo un hombre de oración. No ha cesado de incitar a su pueblo a la oración, a la expansión, a la penitencia.

En 1943 el Papa Pío XII había canonizado a una pequeña húngada muy popular, Santa Margarita, sobrina de Santa Isabel de Hungría.

El 20 de enero de 1946, el cardenal Mindszenty evocó el recuerdo de aquella santa para abrir la campaña de expiación. El *Triduo* celebrado en aquella ocasión fue el principio de una campaña de oración. Había que ser valiente para evocar el ejemplo de Santa Margarita y de la Hungría invadida por los tártaros en el momento en que el país estaba invadido por los rusos; tanto más por cuanto el Cardenal hizo de la situación del país invadido por los tártaros una descripción impresionante que todo el mundo comprendió: incluso los rusos y los comunistas húngaros. Al final de su sermón, el Primado aludió a la utilidad que tendría para Hungría el sacrificio y la vida de expiación.

“Después de un año de cruel destrucción —dijo—, los tártaros se batieron en retirada y abandonaron el país, y no de buena gana, precisamente. Nunca habían gozado de un bienestar semejante, de semejante libertad en los alrededores de Karakorum. Pero se marcharon, porque el gran Khan había muerto. Su muerte tuvo como resultado la resurrección de un pueblo... Al cabo de una quincena de años, la disolución acabó con aquella formidable... Sí, el pecado destruye a los pueblos, a todos sin excepción. La historia nos enseña que sobre esta tierra todo es efímero. Sea obra de Gengis Khan, de Napoleón o de Hitler. Es la mano de Dios la que toca el órgano de la Historia, y los grandes de la tierra no son en él más que registros obedientes...”

“No esperéis que establezca un paralelo entre las dos épocas. Basta con insistir con San Pablo: «Todo lo que ha sido escrito por anticipado lo ha sido para enseñanza nuestra, a fin de que la paciencia y el consuelo que nos vienen de las Escrituras mantenga nuestra esperanza...».”

Su Pastoral de Cuaresma de 1946 fue dedicada asimismo a *la expiación*:

“Os invitamos a todos —escribía—, a los individuos, a las familias, a los municipios, a las parroquias, incluso más allá de las fronteras fijadas por



EL CARDENAL MINDSZETY

el armisticio, a participar en este gran movimiento de expiación. Expiemos los pecados de los que ni siquiera conocen la contricción. Expiemos por medio de la oración, del ayuno, de la limosna...”

En su mensaje de Navidad de 1946 daba instrucciones detalladas sobre las modalidades de la expiación:

“Es preciso que se produzcan cambios en la vida de la nación. Tras el fracaso de tantos esfuerzos inútiles, debemos recurrir a la vida de oración. La tierra húngara necesita una poderosa corriente, hecha de fe, de plegaria y de expiación. Con ella, se rescatarán las blasfemias, la profanación del día del Señor, el ateísmo, las ofensas inferidas a la Iglesia, los relajamientos de las costumbres, la corrupción...”

“Para alcanzar el objetivo, es preciso todo un ejército de los que rezan. Que la oración de los niños, de los que sufren, de los ancianos, de las mujeres. Los sacerdotes, los religiosos y las religiosas deben ofrecer sus votos, sus rezos obligatorios, sus mortificaciones voluntariamente aceptadas...”

El 11 de diciembre de 1947, ante el Terror y los

abusos, el Cardenal, en un discurso vehemente, pronunciado en la Academia San Esteban, habló de la *Responsabilidad*.

Los rusos dieron un año de plazo a los comunistas húngaros para liquidar y hacer callar a aquel Cardenal. Éste lo supo, pero no se calló.

Se acusó al Cardenal de sabotear la reconstrucción del país, de ser el enemigo del pueblo...

Aquellos ataques no le impidieron unos meses más tarde estigmatizar una vez al régimen a propósito de la nacionalización de las escuelas. En su carta pastoral del 29 de mayo de 1948 escribía, entre otras cosas: “Para vergüenza de nuestro país debemos decir que la mentira, el engaño y la violencia no habían alcanzado proporciones semejantes en todo el curso de nuestra historia...”

Se efectuaron gestiones en Roma tratando de conseguir que el Papa Pío XII confiara algún cargo importante a aquel cardenal, asignándole una residencia en el Vaticano. Pío XII no quiso saber nada. Para obligarle a abandonar su rebaño, sólo quedaba el recurso de la prisión y el proceso.

ULTIMA PASTORAL DEL CARDENAL MINDSZENTY A SUS CLERIGOS ANTES DE SU ARRESTO (20-12-48)

En nombre de Nuestro Señor Jesucristo en calidad de embajador admitido por Él (II cor. v. 20) os dirijo las exhortaciones inspiradas por las graves circunstancias actuales.

En todo tiempo y en todo lugar, sólo puede llegar-nos lo que el Señor ordene o permita. Pues ni un solo cabello de nuestra cabeza puede caer que Él no lo sepa (Luc. XXI, 18). Después de tantas otras cosas, el mundo bien puede quitarnos esto o lo otro, pero no puede quitarnos nuestra fe en Jesucristo. “¿Quién nos separará de Cristo? Ni la vida, ni la muerte, ni ninguna otra criatura pueden separarnos del amor de Dios, que está en Jesucristo Nuestro Señor” (Rom. VIII, 39). El dijo refiriéndose a la vida presente: “No os inquietéis por vuestra vida sobre qué comeréis o qué beberéis, ni por vuestro cuerpo con qué lo vestiréis” (Mat. VI, 25). Nuestro Padre celestial piensa en nosotros.

Nosotros no podemos ser ni comportarnos como los hombres sin esperanza y sin fe (Thess. IV, 12). Si entre vosotros se encuentran algunos cuyos nervios hayan sido sometidos a pruebas demasiado duras por la miseria de los tiempos y que, obsesionados por sus temores y sus espantos, se atormentan a sí mismos, sepan que la inquietud de nuestros compañeros de vida y de infortunio nos incita a rogar por ellos, a fin de que en sus almas agitadas y atormentadas resuenen como una directiva y un estímulo las palabras que con gran calma pronunció en medio de la mar embravecida nuestro dulce Redentor:

¿Por qué teméis, hombres de poca fe? (Marc. IV, 40).

Y Nos rogamos para que estas palabras reconfortantes den a su corazón la paz que inundó el alma de San Juan Crisóstomo, en el mismo momento en que el espíritu de persecución del mundo echaba sobre sus espaldas una pesadísima cruz. Y sosteniendo esta cruz, desde el puerto de Constantinopla habló así a sus fieles: “¡Las olas rugen, la tempestad es terrible, pero no tememos zozobrar, pues estamos seguros sobre una roca! El mar puede embravecerse, pero no puede destruir esta roca; el huracán puede rugir, pero no hundir la barca de Cristo. Verdaderamente ¿qué hemos de temer? La muerte “Para mí

la vida es Cristo, y la muerte una ganancia” (Philip. I, 21). ¿El exilio? “Al Señor pertenece la tierra y todo lo que está en ella” (Salmo XXIV, 1). ¿La confiscación de nuestros bienes? “Nada hemos traído al mundo, es claro que nada nos podemos llevar” (I Tim. VI, 7). Si el mundo me amenaza para intimidarme, le desprecio; y me río de lo que me promete para buscarme y atraerme. Os ruego, pues, afectuosamente, ¡conservar un sólido e imperturbable valor!

“No os preocupéis por el mañana” (Math. XXV, 34). “No os inquietéis por nada” (Phil. IV, 6). Muchas cosas nos sirven de advertencia en el Evangelio, en la historia de la Iglesia, del mundo y de nuestra nación. La vida de nuestros antepasados cristianos, no menos que de los Magiares, no fueron vidas de delicias. El Apóstol San Pablo, el hombre de los sufrimientos, el vaso elegido del Señor, nos dirige hoy, a nosotros, este mensaje: “Todo lo que ha sido escrito antes de nosotros lo ha sido para nuestra instrucción, a fin de que por la paciencia y la consolación que dan las Escrituras, poseamos la esperanza” (Rom. XV, 4).

En lo referentes a las declaraciones exigidas por las autoridades civiles, yo he procurado aligerar la conciencia de los fieles: esto naturalmente no concierne a ningún sacerdote, religioso o religiosa. En el porvenir semejantes facilidades podrán ser difícilmente concedidas: ¡Es preciso mantenerse firme! Las gracias del Año marial, reserva de fuerzas, nos ayudarán en esta ocasión. Antes que todos los otros, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas son llamados a dar ejemplo de testimonio en favor de Cristo (Mat. X, 18). Su profesión de fe no debe dejar ninguna duda para los fieles, para los adeptos a otras confesiones y para los incrédulos. Deben sentir más que nunca que “nosotros somos dados en espectáculo público al mundo, a los ángeles y a los hombres” (I Cor. IV, 9).

Nosotros somos como faros luminosos. En tanto que podamos, principalmente por medio de nuestra vida y nuestra conducta, trabajemos para la extensión del Reinado de Cristo Rey que es del mundo de la justicia y de la gracia. Y sobre el camino que conduce a este fin, no olvidemos las palabras de Tertu-

liano: "Las acusaciones de ciertos acusadores son para nosotros una gloria". Todo lo que se ha hecho para la libertad de nuestra Iglesia, para la conservación de nuestro pueblo y de nuestra juventud que sufre, por una paz más abundante, se ha hecho por intereses espirituales superiores y no por los motivos que se nos reprochan.

El ojo iluminado por la fe ve claramente las cosas y los acontecimientos. Hoy, en nombre de los jefes y pastores del rebaño es San Cipriano quien proclama esta clarividencia: "La Iglesia no se aleja de Cristo puesto que la Iglesia es su propiedad, ¿qué es ella sino el pueblo unido a su sacerdote, el rebaño arrimado a su pastor? Por ello debemos saber que el Pastor supremo está en la Iglesia como la Iglesia está en el Obispo, y si alguno no está con el Obispo, con el Pastor supremo, no está tampoco con la Iglesia" (Ep. L, XIX, 8). Si por circunstancias, el número de nuestras cartas pastorales debiera disminuir, hemos recibido amplias enseñanzas en las Encíclicas papales y en las circulares pastorales de estos últimos años. Sirvámonos de ellas en todo tiempo.

La renovación de la confianza en la Santísima Virgen reanima apropiadamente así como el mensaje de Fátima. La vida de la gracia se alimenta en el manantial abundante de los sacramentos y es más importante que todo lo demás. Por eso os recomendamos:

"Lavaos y sed puros" (Is. I, 16) y "Revestíos del Señor Jesucristo" (Rom. XIII, 14). Con Él, en Él y por Él, transformémonos en leones que vomitan fuego.

En posesión de la vida de la gracia, no nos olvidemos jamás de la única cosa de que tenemos necesidad (Luc. X, 43). Contra su fuerza la tentación no puede nada: un gran número se presentarán en mi nombre diciendo: ¡Está aquí!, y seducirán a muchos (Marc. XIII, 6). "Por sus frutos los conoceréis" (Math. VII, 16). En posesión de la gracia podemos elevarnos a la altura de los apóstoles, los que se regocijaban de ser ultrajados por el nombre de Jesús (Act. V, 41). Este mundo es desde ahora el mundo del sermón de la Montaña: "Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Vosotros seréis bienaventurados cuando los hombres os insultarán y os perseguirán, y mentirosamente dirán de vosotros toda clase de mal, a causa de mí".

Velad, pues, y rogar en todo tiempo, a fin de estar prontos a sobreponeros a las dificultades que os esperan y a comparecer dignamente ante el Hijo del Hombre (Luc. XXI, 36). Roguemos, pastor y rebaño, roguemos sin cesar los unos por los otros (Ac. XII, 5).

Que resplandezca ante nosotros la promesa de la vida eterna, prometida por Dios (Tit. I, 2). "Valor, Yo he vencido al mundo" (Joan XVI, 33).

No es el discípulo más que el Maestro, ni un esclavo más que su amo, bastante es para el discípulo ser como su Maestro y para el esclavo ser como su amo. Si al señor de casa llamaron Belcebú, ¿cuanto más a los de su casa?

Mateo, 10, 24-25

Pregària a la Verge Descalça de Lisieux

Sor Ceresina de Jesús Infant,
verge carmelitana,
que vos sentiu, en glòria triomfant,
dels nostres cors germana;

que, tot lluint al dit místic anell
– sponsalícia jirova –,
entre lliris seguiu el blanc Angell
cantant la cançó nova;

que xalau d'aspirar diví perfum
d'uns roserars a l'ombra
florits eternament en l'alta llum
que eternament aombra;

feis-nos estimar Déu, amb vostre amor,
més que totes les coses,
i abocau sobre el món, ail peccador,
una pluja de roses...

Bartomeu Guasp, Pr.
Mallorca

UN ECO INCONFUNDIBLE DE LA DOCTRINA DE SAN IGNACIO SOBRE LUCIFER Y SUS SATELITES

Quienes hayan leído y considerado atentamente las palabras del Papa Pablo VI, cuando en la homilía de su Misa en la Fiesta de San Pedro y San Pablo, 29 de junio de 1972, denunció la realidad formidable, pero plenamente verdadera, del influjo decisivo de Satanás en la actual crisis de la Iglesia; y, por otra parte, hayan hecho los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, o tengan de ellos algún suficiente conocimiento; habrán caído en la cuenta de que las palabras con que Pablo VI expresó su pensamiento ante la Iglesia y el mundo, son un eco inconfundible de las enseñanzas que nos da San Ignacio en su inmortal libro "Ejercicios Espirituales", sobre la persona de Lucifer y su acción e influjo en las almas.

Estas enseñanzas se contienen principalmente en su genial "Meditación de dos Banderas", y en sus luminosas y sumamente prácticas "Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan; las buenas, para recibir; y las malas, para lanzar".

Y se convence uno todavía más de que de estas enseñanzas de San Ignacio son un eco inconfundible las palabras aludidas de Pablo VI, al recordar que el actual Sumo Pontífice, siguiendo la tradición de sus Antecesores, se dedica cada año a hacer en su Palacio Apostólico unos días de Ejercicios Espirituales en retiro, y que los hace según el método de San Ignacio.

Y que Pablo VI esté lleno del espíritu de los Ejercicios Ignacianos en su auténtico sentido, y lo viva íntimamente, son prueba palmaria las encomiásticas y reiteradas declaraciones que ha hecho sobre ellos, haciendo ver su perenne actualidad, mayormente en nuestros tiempos, y recomendando encarecidamente su genuina práctica.

Era, pues, cosa connatural que al denunciar el Papa Pablo VI ante la Iglesia y ante todos los hombres de buena voluntad la presencia y la acción de Satanás en esta época posconciliar, le viniera a la memoria la doctrina de San Ignacio, y se expresara con las ideas y aun con los términos del gran Maestro de la vida espiritual.

Por todo esto, complacerá a nuestros lectores que traigamos a estas páginas la susodicha doctrina de San Ignacio; y ahora concretamente y tan sólo la que nos da en su "Meditación de dos Banderas".

Va a ser nuestro guía el P. Luis de la Palma, que es el Príncipe entre todos los que han comentado y explanado el Libro de San Ignacio.

Para no multiplicar las citas, pues lo habríamos de hacer a cada paso, iremos aduciendo con un cierto orden y en distintos párrafos lo que nos dejó escrito el eximio autor, cuando penetró con certera intuición la mente de San Ignacio, y comentó con prudente tino el texto de su "Meditación de dos Banderas". Nos ceñiremos, claro está, a la Bandera de Lucifer.

Tan sólo añadiremos, por nuestra cuenta, algunas indicaciones para presentar el texto del P. La Palma, y para hacer ver la admirable identificación entre la doctrina de San Ignacio y la denuncia de Pablo VI.

Vamos a ver cómo se muestra San Ignacio acertadamente gráfico al trazarnos el retrato de Lucifer; cómo penetra con profunda intuición el intento del enemigo; cómo señala con exactitud los medios de que se vale y las armas que usa; y cómo es genial cuando nos descubre la estrategia diabólica. Son las cuatro cosas que, guiados por el P. La Palma, vamos a proponer.

1.º Retrato de Lucifer

La pintura que de Lucifer hace San Ignacio es como un aguafuerte maravilloso, que con unos pocos trozos de punzón deja bien marcados los rasgos característicos del Demonio, ser inteligente y libre, ser personal que vive entre nosotros, pero oculto a nuestros sentidos, de una fuerza poderosísima, pero muy difícil de analizar.

El mismo título de la Meditación, con que le designa, nos comienza a dárnoslo a conocer en su reali-

dad. Es "el mortal enemigo de nuestra humana naturaleza"; es decir, de todos los hombres por tener la humana naturaleza; la naturaleza que Dios creó, dotándola de un cuerpo admirablemente organizado y de un alma racional, inteligente, libre e inmortal; naturaleza que asumió el Unigénito Hijo de Dios, en unidad de Persona, la del Verbo, para salvar a los hombres; naturaleza llamada por Dios, después de la victoria de Cristo sobre el "mortal enemigo", para

ocupar los tronos celestiales, de los que Lucifer y sus secuaces fueron privados por la rebeldía de su orgullosa desobediencia.

Y el que es nuestro mortal enemigo, se ha constituido en caudillo y jefe de todos nuestros enemigos, que son sus satélites los demonios, y los hombres malos que les secundan y les sirven de dóciles instrumentos.

Otro rasgo. Así como Cristo Nuestro Señor asienta sus Reales y pone su Cuartel general en Jerusalén, que significa "visión de paz", porque Cristo es el Príncipe de la paz, y donde hay verdadera paz es señal clara de su presencia y de su acción pacificadora; así, y por el contrario, Lucifer establece su campamento y el cuartel general de su ejército en Babilonia, la capital del más potente y orgulloso imperio entre los antiguos; y cuyo significado es "confusión"; porque donde hay confusión de ideas, de afectos, de pasiones, es señal inequívoca de la presencia y acción de Lucifer.

Más concretamente describe San Ignacio las características del mal caudillo de esta manera: siendo su capital Babilonia, está allí subido como en un alto trono, signo de su ambicioso poder, y que es a la vez cátedra de todo error y falsedad; este trono y cátedra

es de fuego; de ella sale continuo humo, que se mete par cualquier grieta que le abran los hombres; y la figura de Lucifer es "horrible y espantosa". Lo es en la realidad, aunque él se encubre y se disimula, y llega como a desaparecer con mil artes y marañas, para dar la sensación de que no existe, y así hacer mejor y más a mansalva su hecho.

Todo esto es darnos San Ignacio las señas de Lucifer, para que le conozcamos como de rostro, y advirtamos su presencia por los efectos que causa en nuestra alma; y de este modo nos podamos guardar y defender de él. Y cierto que el tenerle imaginado como él es, ayuda mucho para conocer sus tentaciones, sugerencias y asechanzas.

De manera que la condición de nuestro enemigo es ser cruel y feroz, como un león; más no como león hartado, que se echa a dormir; sino como león hambriento, al que el hambre le hace dar rugidos y bramidos, y vueltas y revueltas, buscando a quien devorar; que es como nos lo descubre San Pedro en su primera Carta, para movernos a vigilancia, y para que le resiatamos con la fe.

El retrato que de Lucifer nos dejó San Ignacio es de mano maestra.

2.º El intento del enemigo

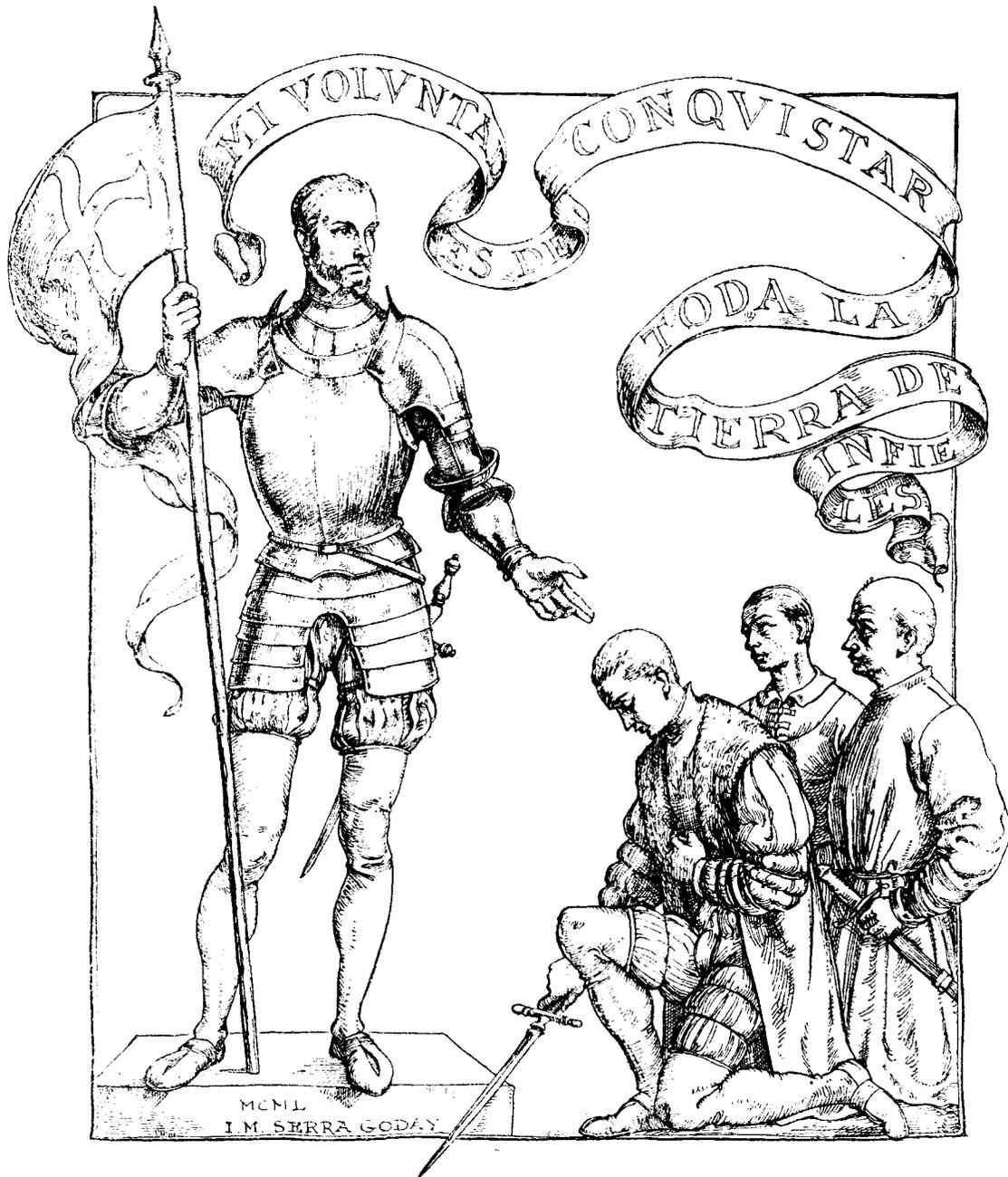
Es admirable la clarividencia con que San Ignacio nos descubre el intento de Lucifer. Sí; sabe muy bien el Santo Autor de los Ejercicios que el plan del Príncipe de este mundo, su intento depravado es, en definitiva, inducirnos al pecado y llevarnos a la perdición, para hacernos así consortes de su infelícísima suerte. Pero sabe también San Ignacio que no es siempre ésta la intención primera del enemigo, ni es de un modo directo como la pretende conseguir; y mucho menos respecto de determinadas personas.

Da San Ignacio esta meditación "de dos Banderas" a sus ejercitantes, que habiéndose persuadido del fin último del hombre, y del único sentido y valor de nuestra vida temporal en la tierra, que no es otro sino el de ser una gran preparación, una preparación ordenada para la vida eterna en el Cielo; y habiéndose purificado plenamente de sus pecados pasados, como también del desorden de su vida anterior, y de toda contaminación del mundo, malo y vano; han tomado la firme determinación de seguir de cerca e imitar con perfección a Cristo Nuestro Señor. Y supuesto que se han sentido llamados por Cristo para tomar parte en la lucha o guerra que El mismo vino a realizar y dirigir; les muestra ahora San Ignacio contra

quién principalmente ha de ser esta guerra, y en qué cosas ha de consistir.

Hay, en realidad, dos Príncipes o Capitanes Generales. El uno es Cristo Nuestro Señor; y el otro es Lucifer, nuestro mortal enemigo; entre los cuales hay tanta diferencia cuanta declaró Cristo, al decir: "El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir; Yo vine para todos tengan vida, y la tengan abundante y perfecta" (In., 10, 10).

Estos dos Capitanes, el uno tan amigo, y el otro tan enemigo nuestro, traen guerra entre sí, no sobre ciudades o reinos de la tierra, sino sobre el hombre, sobre cada uno de los hombres, y sobre quién tendrá más parte en él. Y la lucha de ambos Jefes no es para rendirnos y sujetarnos con violencia, sino para ganarnos la voluntad. A este fin, Jesucristo nos llama a todos con su vocación y santas inspiraciones para que asentemos debajo de su Bandera, que es la Bandera del Reino de la santidad cristiana; y Lucifer, con sus instigaciones, para que asentemos debajo de la suya, que es la opuesta a la vida de santidad en Cristo. Y, en resolución, la suma de esta historia, en la que se resume el drama de la eterna salvación de los hombres, es que cada uno de estos dos Príncipes y Gene-



rales llama y solicita al hombre, a todo hombre, para que de su voluntad se le someta y le obedezca.

Ahora, pues, ¿quién no ve el parecido y aun la identidad del enfoque que San Ignacio da al intento de Lucifer, y el enfoque que al mismo intento del enemigo da Pablo VI en su memorable homilía?

Nos dijo el Papa que el Demonio se ha propuesto turbar y sofocar los frutos del Concilio Ecuménico. Tal

es su intento. Ahora bien; el Concilio Vaticano II expuso maravillosamente, como nunca lo había hecho ningún otro Concilio, la "Universal vocación a la santidad en la Iglesia", pues éste es el título y el objeto del Cap. V de la Constitución "Lumen gentium". Es decir, todos los cristianos, en cualquier género y profesión de vida, en cualquier estado, estamos llamados por Cristo, en su Iglesia, a la santidad del Reino de

Cristo; a la santidad que, como explica el mismo Concilio, consiste esencialmente y para todos “en dejarnos guiar dócilmente por el Espíritu Santo; y obedeciendo a la voz del Padre, y adorando a Dios Padre en espíritu y verdad, sigamos a Cristo, pobre, humilde y cargado con la Cruz, para merecer ser partícipes de su gloria; y según esto, caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad” (L. G., n. 41).

Así, pues, el intento actual del Demonio, nos dice Pablo VI, es no precisamente inducirnos de un modo directo e inmediato al pecado y a los vicios, sino apartarnos insidiosamente del camino de esa auténtica santidad cristiana, turbando y ahogando sus frutos, los que el Concilio nos fue señalando en sus magníficas Constituciones, Decretos y Declaraciones.

Nos propone en realidad Pablo VI el mismo intento de Lucifer que nos enseña San Ignacio.

3.º Los medios y las armas

Sabiendo Lucifer que por sí solo no podría conseguir su malvado y astuto intento en toda la ambiciosa amplitud con que se lo propone, respecto de todos los hombres, “hace llamamiento (dice San Ignacio) de innumerables demonios; y los esparce a los unos en una ciudad, y a los otros en otra; y así por todo el mundo, no dejando naciones, lugares, estados, ni personas algunas en particular”. Así vio San Antonio Abad el mundo entero, lleno de tentadores y de tentaciones; lleno de lazos y cazadores; lleno de resbaladeros; todo lo cual son en concreto las muchas ocasiones que hay para desviarse los hombres del buen camino, para echar por sendas tortuosas y equivocadas, para caer en el error y en la maldad; y los demonios son los tentadores que aprovechándose de todas esas ocasiones, tratan por de pronto de impedir que los hombres emprendan el camino de la santidad cristiana; y si ya van por él, desviarles y apartarles de él. De esto nace tanta ceguera, tantas desviaciones y tanto confusión, sin que haya lugar tan secreto ni persona tan espiritual que pueda verse y vivir seguro de tentaciones.

Es que Lucifer es el Príncipe de los demonios, y a todos ellos los tiene sometidos a su tiránico dominio; por lo cual hace de ellos lo que quiere, y lo esparce por doquier; a fin de llegar por medio de ellos a donde él por sí solo no podría llegar.

Y como el Príncipe de los demonios es designado frecuentemente en la Biblia con el nombre de “Diablo”, que significa “tentador”; envía a sus satélites, los demonios, para que tienten a los hombres; y ten-

tación quiere decir “prueba”; tentar es poner a prueba, con alguna instigación o estímulo, que induzca o persuada a una cosa mala, ya de un modo directo, ya de un modo indirecto; unas veces abiertamente, otras solapadamente, hasta transfigurarse en ángeles de luz para mejor hacer su hecho. Es que tentar es también, y con mucha frecuencia, instigar a una cosa que sin ser mala, aparta y desvía de la vocación de uno y de su misión santa y santificadora; como fueron las tentaciones con que Satanás tentó a Cristo en el desierto, pretendiendo apartarle de su misión Mesiánica y del modo de llevarla a la obra por la Cruz.

Y ¿de qué armas se valen los demonios para tentarnos, sobre todo cuando se transfiguran en ángeles de luz? Con las armas del engaño, en todas sus formas de sofismas y falacias para oscurecer y turbar el entendimiento; de insidias y asechanzas para ganar la voluntad; de ilusiones, temores vanos y promesas irrisorias para alterar las pasiones y turbar la paz del alma.

Son los demonios como los pescadores de caña, que esconden el anzuelo y presentan el cebo; para que el pez, al picar en el cebo, sea cogido con el anzuelo.

En fin, son tan variados, múltiples y peligrosos estos engaños, y el demonio los sabe urdir con tanta habilidad, que tenemos necesidad de mucha luz divina para conocerlos, y de mucha gracia divina para librarnos de ellos; y por eso la hemos de pedir al Señor con oración humilde, confiada y perseverante, como nos lo enseña y propone San Ignacio.

4.º La estrategia diabólica

Sabe muy bien Lucifer que así como la verdadera vida cristiana, que es la auténticamente virtuosa y santa, consiste en “el orden del amor”, como la definió San Agustín; así lo que nos impide la vida santa, o nos aparta de ella es el desorden del amor. Más co-

mo son múltiples los desórdenes de nuestro amor, nos hace ver San Ignacio que Lucifer muestra su estrategia diabólica en escoger hábilmente tres cosas, y las tres escalonadas, a cuyo amor desordenado intenta inducirnos con sus engaños. A saber: al amor

desordenado, o lo que es lo mismo, al desorden del amor de los bienes materiales, del dinero, de las riquezas; al desorden del amor de la honra vana del mundo; y al desorden del amor de nuestra propia excelencia, o sea la soberbia.

En primer lugar, y si no siempre en absoluto, pero sí de ordinario, por regla general y en la inmensa mayoría de los casos, como lo advierte San Ignacio, empieza el demonio por tentarnos induciéndonos a la codicia de riquezas y bienes materiales; o sea al amor desordenado, desmedido y absorbente del dinero y de lo que con él se alcanza en la vida terrena. Y comienza por aquí ladinamente el demonio, porque el dinero y las riquezas son las cosas más conjuntas con la necesidad del cuerpo, con el natural deseo de bienestar y holgura económica, y aun con las obligaciones de la propia casa y estado. Este el primer escalón; de arriba abajo.

Una vez que el demonio ha logrado que la persona que se ha determinado a seguir de cerca a Cristo, haya descendido a este primer escalón, fácil le es, con un empujoncito, hacerle bajar al segundo escalón, que es el amor desordenado de la honra vana; la codicia y afán desmedido del aprecio, estima y alabanza de los demás; porque en sobrando dinero y fortuna para el sustento de la persona y familia, luego pone uno los ojos, instigándole a ello el demonio, en el crecer más y más en la opinión de los demás, en su situación alta y en todo lo que es honra vana del mundo; y esto, para poder emplear, todo lo que tiene, dentro de sí y para sí; vivir para sí mismo, mientras se complace en vivir en la estima de los demás; pero sin querer que le sobre nada para los otros, aun muy necesitados. Y como cada día apetece con amor desordenado mayores aumentos de fortuna y mayores grandezas de honra mundana, así ninguna fortuna le basta, y con esto crece más y más la codicia de dinero y de honra; y de lo uno y lo otro baja, empujado siempre por los ardidés engañosos del demonio, al tercer escalón, que es la soberbia.

Tal es la realidad que tantas veces vemos; porque no mira uno lo que es en su limitación humana y en sus deficiencias morales; sino que mira lo que tiene y la estima en que le tienen; y olvidado de su pequeñez, piensa que es tan grande cuando grande es su fortuna y su honra; y así se estima y quiere ser estimado más de lo que es; presume de sus propias fuerzas y de lo que piensa poder con el dinero y la honra que posee; afecta vivir en independencia; y, en una palabra, apetece y codicia desordenadamente con un

muy vivo amor propio desordenado la propia excelencia; que es la condición de los soberbios. Tal es el tercer escalón al que el demonio logra hacer bajar a quienes hizo descender al primero y al segundo.

Finalmente, añade San Ignacio la profunda advertencia de que de este triple y escalonado amor desordenado del dinero, de la honra vana del mundo y de la propia excelencia y afán de independencia, induce el demonio a todos los otros vicios, a los cuales, como con redes sùtiles y casi imperceptibles al principio, con redes más tupidas y gruesas después, y al fin con cadenas fuertes, pretende traer a los que comenzó por apartarles del seguimiento de Cristo.

La experiencia da toda la razón al Santo.

Porque bien vemos, por desgracia, que de la codicia de las riquezas nacen generalmente los engaños, los hurtos, las violencias, los juramentos falsos, y todo género de injusticias, después de haber cerrado el codicioso su corazón a la caridad. En gente más espiritual, nace la inquietud del corazón, como quien está entre espinas, la sequedad en la vida de piedad, y la falta de compasión y aun dureza con los pobres y necesitados.

Del amor desordenado de la honra vana nace la jactancia, la hipocresía, los deseos de oficios y puestos honrosos, las pretensiones y negociaciones para conseguirlos, las lisonjas para con los que pueden dar la mano, los desprecios y murmuraciones de los iguales y competidores, las porfías, las discordias, las novedades, y, en fin, todas aquellas cosas que Cristo denunció y reprendió en los fariseos de su tiempo, que no anhelaban sino figurar, ser alabados, ocupar los mejores puestos en todo y ser tenidos por doctos, puros y santos, siendo como eran "sepulcros blanqueados".

Y de la soberbia nace la ceguera del entendimiento, la dureza de juicio, la pertinacia en el propio parecer, la persunción y confianza excesiva en las propias fuerzas, y, sobre todo, la desobediencia.

(Cfr. "Obras del Padre La Palma", B.A.C., vol. 261, págs. 876-880).

Los lectores que hayan hecho los Ejercicios de San Ignacio, bien dados, habrán podido renovar el fruto que sacaron de la "Meditación de dos Banderas"; y tanto ellos como los que no hayan tenido tal dicha, habrán podido ver y admirar la identidad que con la doctrina de San Ignacio tienen las palabras de Pablo VI, cuando denunció la presencia innegable y la acción funesta del Demonio en esta época crítica de la Iglesia.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

“DIETARI PASTORAL”

DE JOAN D'ORDAL. Caputxí

Nuestro venerable colaborador y amigo, Padre Joan d'Ordal, con motivo de la celebración —¡nada más y nada menos!— de sus Bodas de Oro sacerdotales, nos lega —¡pero, “ad multos annos”!— un exquisito dietario que no sabríamos definirlo mejor de lo que él mismo hace en su Presentación:

“Els enamorats de l'excursionisme generalment resten admirats de la bellesa i varietat de les flors boscanes que es troben per les altes muntanyes i particularment pel seu exquisit perfum. Instintivament hom s'ajup cap a terra per collir-ne alguna fer-ne un petit pomell per endur-se-les a casa i gaudir uns dies de la seva olor i del record d'on han estat collides.

Semblantment he fet jo, estimat lector, amb el llibret que poso a les teves mans on hi trobaràs el meu pomell de pensaments, records i anècdotes de la meua vida”.

Efectivamente: este Dietario es “un petit pomell”, un ramito escogido al azar, durante la caminata, camino entre flores, camino entre espinas.

No es una obra, quierase considerar grande o pequeña, que sea posible leerla de una sola vez. No es para esto: osaríamos decir que ni siquiera sería posible hacerlo. Es, repitámoslo otra vez, un ramo para tenerlo como almohada espiritual en nuestro cabezal. Y leer y meditar, cada día, un simple trocito de sus pensamientos. Quizá, incluso, sea un librito —perdone senos la ocurrencia— para ser abierto al azar; como un poco al azar se presentan las florecillas al caminante. Pensamos que tal vez en esta forma, tan antisistemática como peregrina, es como se puede gustar mejor su jugosísimo contenido espiritual.

Así, al azar...

“28 Janer. Damasc. En el diàleg amb Jesús, Pau descobreix una nova revelació: el Fill de Déu, viu dins cada u dels qui creuen en Ell; els transfigura en la vida cristiana amb la llum de la seva resurrecció. Pau ho sent i ho sap; Jesús viu en ell estimant-lo amb una amor ran de la follia i fa d'ell una nova criatura. Davant aquesta visió meravellosa Pau se sent bloquejat i capitula sense condicions a l'amor. Aquell que fins ara, com a fariseu, era el centre de l'horror i de l'odi, es converteix en un obrir i tancar d'ulls, en el centre d'un gran amor per Jesús que el portarà a predicar-lo arreu fins amb risc de perdre la pròpia vida. Així deu ésser l'apòstol de Crist.”

“6 de Febrer. El Papa. L'estimaré profundament com m'ensenya Sant Francesc que li tenia gran reverència, i el tindrè com a veritable representant del Crist i Vicari seu aquí a la terra, i m'esforçaré en tenirli el màxim respecte, veneració i amor com es mereix. M' entristeix comprovar que en el nostre temps no es respecta com caldria al que, en nom de Crist, porta

la creu de tot el món i la responsabilitat d'aconduir el Poble de Déu: l'Església.

No comprenc com certs catòlics poden mancar-li el respecte como ho fan. Que el bon Déu me'l guardi”.

“10 de Febrer. Avui he llegit una alocució de Pau VI. Es queixa amargament de la crítica corrosiva que es fa contra l'Església, sobre les seves directives encaminades a la santificació dels seus fills. És un joc, diu, molt perillós encara que surti d'intelligències privilegiades i d'ambients d'esperit renovador. Perillós perquè es mostren intolerants amb els qui no pensen com ells i també perquè partint, de vegades, d'observacions objectives fàcilment arriben a conclusions subjectives, arbitràries i carents de realisme humà i social, refusant la doctrina de l'Església per lliscar a teories adverses a la fe...”

2 de Març. Llätzer, l'amic de Jesús...

M'imagino, Jesús meu, el que sofriríeu per la conversió dels escribes i fariseus en els quals trobareu sempre una oposició violenta i agressiva. Els volíeu salvar i ells s'empedernien en el seu orgull i us odiaven. Al final de la jornada, las per la lluita, prenieu el camí de Betània on hi teníeu una família amiga que us rebia contenta. Com s'esplaiaria el vostre esperit comunicant-vos amb els vostres amics! Certament hi fruiríeu al sentir que us deien: Veniu, veniu sovint a casa nostra, aquí tots us estimen!

Feu, Senyor, del meu cor la vostra estada, encara que humil i pobra, espero que us hi trobareu bé i no permeteu que mai traicioni l'amistat que m'otorgueu.

“5 de Juny. Fidelitat. Pau VI en una de les seves xerrades setmanals va parlar d'aquesta virtut que avui se'ns fa tan necessària. Vivim una època d'iconoclàstia. Sembla que tot el passat sigui dolent. Creure que solament es vàlid per viure l'ideologia del temps modern em sembla fruit d'una irresponsabilitat plena d'ingratitud. Volen destruir totes les estructures i damunt les seves runes construir un món nou. No fora possible millorar el passat amb noves aportacions juvenívoles per obtenir un món millor pel qual tots suspirem i una Església renovada...?”

“23 de Juny. Sagrat Cor. Apreneu de Mi que sóc mansuet i humil de cor. Es la senzilla recomanació que ens fa el Diví Mestre als qui el seguim. He observat que l'home humil, el que no te pretensions, oblida fàcilment el que dóna, però no el que ha rebut. Rep consells i els accepta amb simplicitat de cor, com també les crítiques que creu justes i sap agrahir els beneficis que se li fan.

La gratitud es mes rara que la generositat. Saber rebre es mes difícil que saber donar. A certs homes els repugna rebre favors, el seu orgull no els ho permet, en canvi son generosos al repartir.

L'home humil és un home que davant d'un benefici rebut sent l'obligació d'ésser agrahit”.

“5 de Juliol. Respecte a l'Església. Trobo deplorable oir de molts que es diuen catòlics, criticar i malparlar de l'acció de l'Església i del Papa. Tant respecte i amor que li tenia Sant Francesc! Aquesta actitud suposa una falta d'amor per a la nostra Santa Mare...”

“10 de setembre. Celibat. Avui es parla molt d'aquest tema. No comprenc aquest zel, per a mi desmesurat per enterrar-lo,

que s'entreveu llegint la premsa. Sempre he cregut que el celibat sacerdotal es un problema d'amor. Sense ell no s'explicaria el sacrifici que comporta la renúncia de formar una família i la guarda de la castetat. Es un acte inspirat per l'amor de Déu i a l'Església. Certament que es un sacrifici, sí, però quina llibertat no dóna per a poder servir desinteressadament al Poble de Déu. Es parla molt de la soletat del sacerdot. Es veritat que més d'una vegada hom se sent sol. L'he sentida més d'una vegada quan estava a missions. Però el pensament de que tenia a Jesús al meu costat, invisible si voleu, però visible en els meus germans, feia que aquest sacrifici fos com una joia nova per oferir-li."

"3 d'octubre. Santa Teresina. Quina vida tan encantadora la d'aquesta enamorada de Jesús. ¡Com l'estimava! Recordo d'ella que escrivia: «Em plauria que Jesús no conegués ni sabés el desig d'ésser recompensada. Seria ben feliç d'estimar-lo sempre i que Ell no ho sabés...". Per la meua part, seguint-la en aquest ideal tan franciscà, m'esforçaré en fer tot el bé que pugui als altres sense que ells s'adonin, perquè així no m'ho podràn agrahir."

"17 d'octubre. Santa Margarita. Ha estat la confident de Jesús. La seva fidelitat ha arribat a fer-nos conèixer amb més intensitat l'amor que té Jesús als homes i la poca correspondència que hi ha trobat. Realment és corprenedor el diàleg entre Jesús i ella. M'ha fet pensar molt, particularment aquesta visió en que li sembla ésser un àtom obscur que hauria

volgut perdre's en el gran fogar lluminós que era el Cor de Nostre Senyor, i que no hi pot arribar fins que aquest fogar l'ha atreta cap a Ell..."

"29 de desembre. Els pastors. És d'admirar com la gent senzilla respongué amb promptitud a l'invitació dels àngels que els convidaven a anar a la Cova. Contents i alegres hi anaven tot cantant, i amb la més gran curiositat de veure la meravella anunciada. Maria escoltava embadalida els pastors que li contaven el que havien sentit dels àngels, i guardava i meditava en el seu cor el que havia oït. ¡Aquesta meditació devia ésser el menjar de cada dia d'aquesta dolça Mare!..."

Esperamos que para el culto lector de otras regiones españolas o de los países americanos, no habrá sido obstáculo la reproducción, en su propia lengua vernácula, de los anteriores párrafos o pensamientos. No nos hemos atrevido a una traducción que quizá hubiera amenguado lo vívido de su perfume. Nos proponemos, en cambio, y en ocasiones oportunas, seguir —esta vez en el propio castellano con que el Padre Juan de Ordal evangelizara sus indios— ofreciendo otros deliciosos fragmentos cuya mejor selección sea el propio piadoso azar.

LUIS CREUS VIDAL

"AYER, HOY, MAÑANA"

Por Pablo López Castellote
Ed. Augusta, S. A., Barcelona, 1972

"A la memoria del P. Ramón Orlandis Despuig, mi maestro".

Esta es la dedicatoria que preside el libro que acaba de publicar nuestro dilecto amigo López Castellote, tan vinculado a nosotros, y, en algún modo, personalmente, quizá el más íntimo de cuantos rodeamos a nuestro venerado fundador, Padre Orlandis.

Y cuantos le recordamos afectuosamente, desde su casi-infancia, siempre a su lado, no podemos menos que sentir una satisfacción y un orgullo de ver esta manifestación de un discípulo suyo tan allegado.

"Ayer, hoy y mañana. Reflexiones sobre la dimensión ambiental del hombre", es obra que, por su profundidad y dimensiones no nos es posible reseñar, por falta del tiempo necesario para ello. De otra parte, su cantidad grande en erudición y citas, hace su estudio necesariamente laborioso.

Ante el deseo de que no tarde en figurar esta tan

meritoria publicación en las reseñas de nuestras páginas, avanzamos hoy —sin perjuicio de hacerlo más documentadamente en nueva y próxima ocasión—, la impresión que nos ha producido esta obra, tan densa y ambiciosa.

Se halla dividida en siete artículos que, por su extensión, propiamente son llamados partes. Desfilan sucesivamente las visiones generales del mundo, historia, hombre y ambiente resumidas en sus títulos: De la "Teoría" y del "Ambiente". Aproximación al ambiente. Persona y ambiente. Ambiente e historia. Intento de "teoría del ambiente". Misión y realidad del hombre. Historia, vulgaridad, redención. Una muestra de conclusiones posibles".

Discípulo fiel del "leit motiv" orlandiano que nos informa, teólogo de la Historia y agudo observador de la misma —a través de este "ambiente" que nos ex-

plota y descubre tan sagazmente— resume su parte primera, y acaba así en la última: "...la Historia no es patrimonio de los historiadores, sino de todos los hombres".

No es obra ésta, repitamos, para ser comentada a la ligera. Citemos, tan solo —muy propio para estos momentos de desorientación— su frases finales:

"Quizá hemos pasado épocas en que la sobrenatural se vivía como una negación de la naturaleza.

Y tal vez estamos en unos momentos en que en nombre de la naturaleza se ataca la sobrenatural.

Yo diría que la altura histórica de los tiempos y la universalidad del ambiente que vivimos exige del hombre religioso, del cristiano, una revalorización de lo natural desde lo sobrenatural. Cristo no ha nacido para destruir la Historia, sino para darle un verdadero sentido de solidaridad, culminándolo en la solidaridad sobrenatural de la comunión de los santos".

L. C. V.

Manifestaciones del padre Igartua sobre su libro « Respuesta teológica a Díez Alegría »

"El sentido de la exposición de mi libro es el de una defensa de las verdaderas doctrinas del magisterio eclesial, del Sumo Pontífice y de la misma Iglesia, ante los ataques hechos públicos por Díez Alegría en su "Eclesiocrítica". Todo mi escrito se ha movido solamente en este terreno de defensa eclesial y doctrinal", ha manifestado a Cifra el Padre Juan Manuel Igartúa, de la Compañía de Jesús, al que sus superiores le han prohibido la publicación del libro "Respuesta teológica a Díez Alegría".

Las razones alegadas por la censura y que le fueron comunicadas por sus superiores al padre Igartua pueden resumirse principalmente como de "orden doctrinal".

"La corrección de mi doctrina —ha añadido el padre Igartua— puede ser atestiguada por setecientas personas, entre ellas bastantes sacerdotes, que oyeron mi conferencia reproducida en el libro. De modo particular lo garantiza la intervención de monseñor Beitia, obispo dimisionario de Santander, quien presidió el acto y que, tras conocer el texto escrito, quiso presentarme personalmente, aludiendo a la fecha del 22 de febrero, día de la catedral de San Pedro. El destacado filósofo jesuita padre Eleuterio Elorduy, que representaba en la mesa presidencial a la sociedad internacional "Francisco Suárez", organizadora del acto, es también testigo cualificado. El auditorio siguió con gran atención la lectura del texto, grabado en cinta magnetofónica, y otorgó una larga y cálida ovación al final del acto."

"Si mis superiores me hubiesen manifestado —continúa diciendo el padre Igartua—, al conocer mi intención

de publicarlo por escrito, que no era conveniente por razones prudenciales, nada seguramente objetaría. Asimismo, si el único censor —para mí, anónimo, según costumbre— hubiese señalado alguna cosa que convendría corregir, lo haría con agrado. Pero lo que en rigor y expresamente constituye aquí el problema, conforme a la censura, es si las doctrinas expuestas por Díez Alegría, e intentadas refutar por mí, son o no son de libre discusión en la Iglesia. Creyendo muy grave este problema, no puedo aceptar el parecer del censor de que lo sean, en los puntos que yo en concreto he refutado, dada la clara enseñanza eclesial contraria, y el daño que hará en muchos su difusión."

"Consciente de la gravedad del problema —añade el jesuita— que se me ha planteado, mi disposición es la de seguir los cauces legítimos que la Iglesia y la Compañía de Jesús me ofrecen para dar al asunto sus debidas dimensiones en esta hora de confusión."

"Por lo demás —termina diciendo el padre Igartua—, juzgo que mi libro como tal no es lo que más importa. Lo más importante, en definitiva, es el juicio de la Iglesia, ya por parte de la Comisión Episcopal para la Fe en España, si decidiese hablar de ello, ya de la misma Santa Sede. A tal juicio, debemos atenernos todos en último término. En este sentido, parece ya una notable indicación de alerta el artículo del diario vaticano "L'Osservatore Romano", del 28 de marzo, al escribir que las tesis del padre Díez Alegría son "por lo menos peligrosas".